

ESTUDIOS BIOGRAFICOS.



DON PELAYO, PRIMER REY DE ASTURIAS.

25 de noviembre de 1848.

TOMO VI. 31

DON PELAYO.

PRIMER REY DE ASTURIAS. (1)



«Si quereis ver. los alcáza-
res de nuestros primeros reyes,
mirad esas chozas de cañas y
pajones.»

OVIDIO.

El recuerdo de los grandes acontecimientos que varían la faz de las naciones, está siempre unido al de un héroe que los simboliza. La gloriosa época de la restauración de la monarquía y de la independencia de nuestro patria, está personificada en el valeroso y celebrado don Pelayo. Todo el que sienta correr en sus venas sangre española, pronunciará con veneración el esclarecido nombre del inmortal campeón de nuestra religión y de nuestra libertad, y derramará una lágrima de gratitud sobre su tosco lucillo, pues la memoria de sus altos hechos llegó hasta nosotros al traves de once siglos, envuelta en una atmósfera de merecida gloria.

Don Pelayo es con efecto tal vez la mas colosal figura que se destaca en primer término del gran cuadro de nuestros pasados triunfos.

Solo la concepción del pensamiento de alzarse de entre las ruinas de su patria contra el inmenso poderío de los árabes, vencedores á la sazón de una gran parte de la tierra, sin otro ejército que unos pocos montañeses, sin otra fortaleza que el hueco de un peñasco, basta para conquistar renombre eterno, pues revela un alma de héroe. Desgraciadamente el insigne caudillo de los astures, floreció en la época mas oscura de la historia de nuestra nación por la escasez de escritores, lo que nos priva de saber todo lo que deseáramos respecto á su biografía tan interesante para nosotros. Mas de un siglo fué necesario que pasase, para que un pobre monge de nombre ignorado (2), nos revelase sus principales sucesos, y á él, y á las historias arábicas contemporáneas, que también se ocupan muy poco de don Pelayo, hubimos de acudir para reunir las noticias, muy escasas en verdad, que vamos á presentar á nuestros lectores. La genealogía de don Pelayo, su patria, el año de su nacimiento y el de su muerte, todo es dudoso y rodeado de fábulas y consejos. Referiremos aquí lo que nos parece mas razonable.

Por los años de 694 de la era vulgar, nació Pelayo en Tuy (3) ciudad de Galicia, donde tuvo su corte el rey godo Witiza en vida de su padre Egica, cerca de cinco años. Sus padres fueron Favila, duque de Cantabria (4) y su esposa llamada Luz, en lo que están de acuerdo los mas de nuestros historiadores, mas no así en señalar

los padres de Favila, pues unos le designan al rey Chindasvinto y su esposa Reciverga, y otros á Recisvinto y su muger que no se nombra; mas nosotros conformándonos con Trelles, diligentísimo escritor de los sucesos de Asturias y erudito genealogista, creemos que Favila era hijo de Veremundo y este de Lope VII (1) que tuvo otros dos hijos, Pedro y Andeca, y entre los tres dividió el antiguo estado de Cantabria, dejándoles á todos el título de duque, y he aquí esplicada la razón que no halla Mariana al decir encontraba tres duques de Cantabria á un tiempo, don Pelayo, Pedro y Eudon, (lib. 7.º cap 1.º) este era hijo de Andeca. Siguiendo al citado Trelles, Luz, la madre de Pelayo, era hermana del rey Rodrigo ó Roderich.

Acompañó Favila á Witiza á Tuy, pues desempeñaba el noble cargo de *conde Spathario* (2) y allí se prendó torpemente el disoluto rey godo, de la bella duquesa de Cantabria; mas desdenado por esta se entregó á los mas furiosos escesos, y dirigiendo su rabia contra Favila le asesinó bárbaramente de un bastonazo (3). Pelayo se retiró entonces con la desolada viuda á Cantabria, país de que se tituló duque despues de muerto su padre. (4).

En esta época, por muerte de Egica, recayó en Witiza todo el reino de los godos, y de Galicia trasladó su residencia á Toledo, desde donde haciendo uso de su poder, persiguió decididamente á Pelayo, que se vió precisado á abandonar su patria y marchar á Jerusalem con objeto de huir del furor del rey y por satisfacer sus deseos de visitar los Santos lugares. En confirmación de esto, dice Mariana: «largo tiempo mostraban en Araratia, pueblo de Vizcaya, los bordones de Pelayo y su compañero, que usaron en aquella larga peregrinación.»

Parece que despues Witiza dispuso su gracia á Pelayo y le confirió como á su padre la dignidad de *Spathario*, la que conservó durante todo el infeliz reinado de Rodrigo, su tio materno.

Concurrió Pelayo á la rota de Guadalete, y allí empuñó por la vez primera su valiente espada contra los árabes. Refugióse luego con los que pudieron salvarse de la desastrosa batalla á Toledo y luego á Mérida, donde contribuyó á la esforzada defensa de aquella plaza, hasta su rendición, que se retiró de nuevo á las asperezas inaccesibles de sus estados de Cantabria. (5)

Por siete años enteros perdemos de vista á nuestro héroe para volverlo á encontrar en la memorable época de su grandeza y de su inmensa celebridad.

Tenia Pelayo una hermana llamada Ormisinda ó Hermenesenda, de la que se enamoró el gobernador árabe de Gégio, hoy Gijón (6), al que las crónicas arábi-

(1) La lámina que vá en la plana anterior de este artículo, está hecha con vista de un bajo relieve de la iglesia de San Juan de Villanueva, edificada por doña Hormesinda hija de don Pelayo, y de un antiguo retrato de este, que se conserva en la Cámara Santa de Oviedo. La espada está copiada de la que usó, y existe en la Armería real de Madrid.

(2) La primera crónica cristiana que habla de Pelayo, es la del monge de Albelda, escrita en 885. Luego sigue la de Sebastian, obispo de Salamanca, que se estiende algo mas en sus hechos.

(3) Varios autores señalan su nacimiento en Gijón, Tineo, Toro, Tordesillas, etc. etc.

(4) Duque se llamaba á la sazón el gobernador de una provincia; la de Cantabria comprendía el país conocido hoy con el nombre de Provincias Vascongadas y las Asturias de Santillana.

(1) Advierte Garivay que en toda la série de reyes de Oviedo y Leon, llamados impropriamente Godos, no aparece ningun nombre como el que estos solian usar; v. g. Recaredo, Witiza, Egica, etc. Pelayo, Alfonso, Silo, son nombres de una nueva raza, lo que confirma nuestra opinion de descender don Pelayo de los antiguos duques de Cantabria.

(2) El que llevaba la espada real. Especie de capitán de la guarda de los reyes godos.

(3) Crónica del monge de Albelda. El monge de Silos don Lucas de Tuy, etc. etc.

(4) Multitud de fábulas oscurecen estos hechos: en algunas historias se lee que Luz abandonó á Pelayo recién nacido á las aguas del río Miño, cual otro Moisés, y que fué recogido por unos pastores que lo educaron groseramente.

(5) Segun Mariana, Pelayo con otros guerreros fué escoltando á Urbano, metropolitano de Toledo, que conducía una grande arca de reliquias que se conserva en la catedral de Oviedo, y los libros de los padres de la iglesia goda.

(6) Gégio en aquel tiempo era poblacion muy fuerte y la mas notable de Asturias. Estaba defendida por fortificaciones romanas que perseveraron hasta 1382, que fueron derribadas de orden de don Juan I de Castilla.

gas nombran Abu-Nesa y las cristianas Munuza (1). Pidióla á Pelayo por esposa, mas este rechazó indignado tal propuesta que miraba como una afrenta que empañaba el honor de su nobilísimo linaje. El gobernador con objeto de deshacerse de Pelayo, le acusó al wali ó amir (gobernador) de España como perturbador del orden público, y asegurándolo lo remitió como rehén á Córdoba, de donde huyó como afirman los historiadores arábigos (2). Algunos cronistas españoles dicen fué á Córdoba como embajador de Munuza á Tarif, con lo que el gobernador de Gijón «salió con su intento.»

Vuelto Pelayo á Asturias é informado del baldon que manchaba á su casa, arrebató á su afrentada hermana, y huyó al valle de Canicas (hoy Cangas de Onís) donde se declaró enemigo de los moros, «toco á tambor y levantó estandarte.» Pronto concurrieron á su llamamiento multitud de montañeses de las cercanías, y algunos godos refugiados en aquellos asperísimos montes. Los asturianos particularmente, como dignos descendientes de aquellos invencibles asturos, que todo el poderío romano y godo no lograra jamás sujetar enteramente, acudieron casi en masa, y se agruparon en torno de la noble enseña alzada por Pelayo. Consistía esta en una rústica cruz de madera de roble, que hoy revestida de oro y piedras preciosas se guarda con veneración en la Cámara Santa de Oviedo y es conocida con el significativo nombre de *cruz de la victoria*. (3)

Dirigió el animoso príncipe un elocuente discurso á sus nuevos compañeros, pintándoles los males que afligían á la madre patria, y aquellos inflamados de valor y entusiasmo, le interrumpieron aclamándole por caudillo y jurando sobre la cruz que servía de bandera combatir hasta la muerte por la religion y la libertad de España.

Corría el año 718 cuando esto acontecía y desde aquel momento memorable, se inauguró la porfiada y heroica lucha que no debía terminar sino siete siglos después en el glorioso reinado de Isabel la Católica con la rendición de la arrogante Granada.

Los primeros hechos de Pelayo se redujeron, como era natural, á correrías en el país ocupado por los infieles, á organizar y proveer su pequeño é improvisado ejército y á reanimar el espíritu de los medrosos.

No pasó sin embargo mucho tiempo sin que los moros, aunque ocupados á la sazón en la guerra con los francos, se apercibiesen de las intenciones de Pelayo el *montesino ó montañés* (4) y de las alteraciones de Asturias, y el wali Ayub que á la sazón gobernaba á España á nombre del califa de Damasco, despachó desde Córdoba, un numeroso cuerpo de tropas acaudillado por Alkhaman, esforzado capitán que se señalaba por su valor en la conquista de España y que era de nación tártaro. Acompañábale el célebre Opas, prelado de Sevilla, hijo ó hermano de Witiza, que debía servir de mediador para con Pelayo su antiguo amigo, é invitarle á

abandonar la loca empresa de hacer frente á los victoriosos conquistadores de la España goda.

El informe é indisciplinado ejército cristiano abandonó en su mayor parte á su capitán, apenas llegaron los montes asturianos á repetir el eco de las pisadas de Alkhaman y los suyos, y el esforzado príncipe seguido solo de 1,000 hombres que le permanecieron fieles, se retiró desde Cangas al monte Auseva, distante dos leguas, y se encerró con solo 300 en una ancha cueva del mismo monte llamada ya entonces, de Santa Maria de Covadonga.

Resuelto á vender cara su vida, se aprestó á la defensa y situó á los demás montañeses que le seguían, en las alturas que rodean la posición y el estrecho camino, ocultándoles en los bosques y jarales desde donde debían estar dispuestos á precipitar al fondo del valle, peñascos y troncos de árboles. Las armas de los soldados de Pelayo consistían en mazas, espadas, arcos y hondas.

El traidor Opas, acompañado de un caudillo musulmán, se adelantó á conferenciar con Pelayo. Llegados ambos cerca de la célebre cueva, el primero sin desmontar de su cabalgadura, pronunció un largo razonamiento que fué escuchado con el desprecio que merecía el traidor que posponía á la independencia de su patria la sumisión de los esclavos al usurpador extranjero.

Pelayo escuchó con gran paciencia al renegado obispo, y luego mando que él y su compañero fuesen arrojados de lo alto de la Peña. (1)

La muerte de los legados de Alkhaman fué la señal para comenzar un terrible combate, en el que los cristianos á pesar de su inferioridad numérica, llevaron lo mejor, por la ventaja del lugar y de las nuevas fuerzas que les prestaba la desesperación, y la idea de pelear por su patria y por su ley.

Los cronistas cristianos hablan aquí del milagro de volverse las saetas y otras armas arrojadas contra los mismos moros que las disparaban, mas dejando á un lado estas piadosas pero fabulosas tradiciones, se concibe muy bien la terrible matanza de los árabes por la inspección del país, pues encajonados estos en un valle estrecho no podían presentar á Pelayo sino un frente igual al suyo, quedando sus flancos y retaguardia, que probablemente estaría en Cangas, espuestos á la lluvia de piedras y troncos de árboles que debieron introducir la confusión y el espanto, y romper enteramente las filas, al mismo tiempo que el impetuoso ataque sostenido por Pelayo y sus bravos compañeros á la entrada de la cueva, debió arrollar la vanguardia y arrojarla sobre el camino, única salida, atestado de soldados ya desordenados. Finalmente, una terrible tempestad que estalló repentinamente, vino á completar su derrota, y al llegar los cristianos vencedores á los llanos de Cangas (2), la carnicería fué horrible, pues aunque la destrozada hueste sarracena apeló á la fuga, no logró libertarse de un enemigo conocedor del terreno y que ocupaba las alturas.

Los cristianos embravecidos mas y mas con la victoria, acosan á unos pocos soldados moros que habían logrado tomar las montañas que dirigen á Liebana, mas al irse descolgando hacia esta parte por un sendero empinado que domina el cauce del pequeño río Deva cerca de una heredad llamada Cansegadía, (3) se desprende

(1) Algunos autores dicen era cristiano, pero partidario de los moros.

(2) Ahmed el Mokri dice. «El primero que juntó á los infieles tras su derrota, fué Belay, de los Asturiches, pueblo de la Djalikyah (Galicia) que detenido en Córdoba en clase de rehén, huyó en tiempo de El Ihorr Abd el Rahman. Conmovió á los infieles contra el subgobernador musulme, lo arrojó, y fundó un estado independiente.»

(3) Fué el primer blason que llevaron los reyes de España sucesores de Pelayo, y hoy la pinta en su escudo de armas el Principado de Asturias.

(4) Así le nombran muchos cronistas árabes, aunque los mas le designan con el nombre de *Belay el Rumi* (Pelayo el Romano) el español nacido en el país que habían dominado los romanos. (Véase Romey).

(1) Este hecho que las historias cristianas callan, lo encontramos en las arábigas.

(2) La ermita de Santa Cruz allí situada, fundada según la tradición por don Pelayo, señala el lugar donde acabó la batalla, así como la de Santa Maria de Covadonga el sitio donde comenzó.

(3) Mariana opina recibió este nombre en memoria de este suceso; aun hoy se encuentran en aquel sitio huesos y fragmentos de armas que atestiguan la batalla.

de improviso bajo sus plantas y se precipitan los miseros fugitivos quedando sepultados en la corriente impetuosa del Deva que se tiñó de sangre. Hasta 20,000 subió el número de los muertos en la batalla y el alcance, entre los que se contó Alkhaman (1). Ebu Hhayan, autor árabe, refiere así los sucesos de que acabamos de hablar:

«En tiempo de Ambesa ben Soliman, asomó en *Djalikyah* (Galicia) un caudillo de los infieles, reducido al ámbito de un peñasco, en el cual se ocultó con trescientos hombres. Hostigáronle mas y mas los musulimes, hasta que feneció su gente de hambre y de cansancio. Quedáronle tan solo treinta hombres y diez mugeres, que se alimentaban con la miel labrada por las abejas en las hendiduras de las peñas. Desentendiéronse los musulimes de número tan escaso, pues ¿qué podían treinta infieles? y sin embargo, su número y su pujanza fueron creciendo increíblemente.» Otro autor árabe, Abdalah ben Abd el rahaman, se espresa así:

«El gobernador de la península por el califa, sabedor que los infieles habían juntado un ejército por las montañas del Septentrion, envió contra ellos á Alkhaman. Belay el Rumi á favor de su situación y de su arrojo, se descolgó sobre los musulimes matándoles cerca de tres mil. Se descarriaron sus tiros, estalló una tormenta y quedó sumergida la hueste. Sobrevino Belay é hizo en ellos gran matanza. Yacieron entre los difuntos Alkhaman y sus compañeros.»

En los primeros momentos despues de aquella memorable derrota, entusiasmadlos los astures con las hazañas del noble campeón que los condujera á la victoria, lo proclamaron por rey alzándole sobre el pavés, segun la antigua usanza de los godos. Esta marcial y sublime ceremonia, tuvo lugar en un campo situado á la salida de Covadonga, llamado aun hoy de *Re Pelayo*, donde los vencedores reposaron apenas acabada la batalla. A una legua de distancia y cerca del pueblo de Soto, está otro campo llamado *de la Jura* (2) donde algunos dias despues de la proclamacion, se congregaron los nuevos vasallos del nuevo rey, para el acto solemne del juramento de fidelidad y pleito homenaje. Creese que en aquel dia fué cuando los asturianos concedieron á Pelayo el *Don*, dictado reservado á la sazón únicamente á los santos. (3)

Munuza abandonó á Gijón con las tropas que mandaba, é intentó guarecerse allende los puertos; mas en una aldea nombrada Olalie, fué derrotada su hueste por los habitantes, y él mismo muerto de una lanzada, con lo que el triunfo y la venganza de don Pelayo fueron completos.

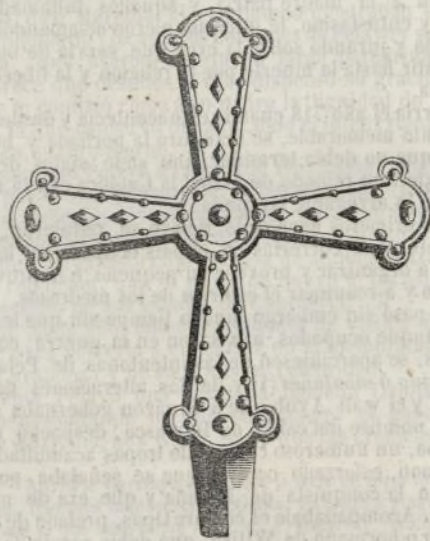
Con la victoria de Covadonga, Gijón, Tineo, Astorga y otros pueblos de Asturias y Galicia, cayeron en poder del vencedor, quedando por lo tanto todo el pais comprendido entre el Eo, el Deva, las cumbres y el mar, sujeto al cetro de Pelayo, cuyo poder se fortaleció mas y mas con la venida de multitud de españoles que huían del yugo musulman y querían á todo trance conservar ilesta la fe de sus mayores, sus costumbres, sus leyes y su lengua.

Uno de los guerreros que mas se señalaron por su

esfuerzo entre los compañeros del belicoso rey de Asturias, fué su deudo Alfonso, duque de Cantabria, el hijo de Pedro, que despues reinó con el nombre de Alfonso I el Católico. Pelayo en recompensa de sus hazañas, le concedió la mano de su hija única, llamada Hermisinda, habida en su esposa doña Gandiosa. (4)

Estableció don Pelayo su corte en Canicas (2) teatro de sus primeros triunfos, la cual, siguiendo las palabras de un erudito escritor moderno «poco se parecia á lo que se entiende por corte en la lengua política de los últimos siglos; su aspecto seria montaraz, y en ella figurarían junto á los letrados, consejeros naturales del rey, sus antiguos compañeros de armas, á saber, labriegos, montañeses, vaqueros y leñadores de los valles de Caso y Covadonga, sus primeros electores.»

El glorioso reinado de don Pelayo duró 19 años, y en tan largo espacio de tiempo no tuvo ya que rechazar ningun otro ataque de los moros. Su gobierno siguió, segun se cree, las formas del de los godos. Los obispos y los próceres, formarían el consejo nacional, y las sabias leyes del Fuero Juzgo siguieron en observancia. La Providencia bendijo los esfuerzos del piadoso príncipe, que al bajar al sepulcro tuvo el consuelo de dejar consolidado, fortalecido y respetado un reino á su hijo y sucesor don Favila, de cuarenta leguas de largo y quince de ancho. La muerte de don Pelayo ocurrió en 737 en Corao, pequeña aldea de tierra de Cangas, en una casa perteneciente hoy á la familia de Noriega. (3) Sus res-



tos, unidos á los de su esposa y hermana, fueron encerrados en un grosero sepulcro en Santa Eulalia de Belamio, hoy Abamia, iglesia que fundara á una legua de

(1) Sebastian, obispo de Salamanca y el monge de Silos, dicen murieron 120,000 hombres en esta batalla: los escritores árabes disminuyen muchísimo la pérdida.

(2) «Hasta el año de 1803, los jueces del concejo de Cangas, iban al *Campo de la jura* á tomar posesion de la vara de justicia. Sencilla ceremonia que recordaba el gran suceso allí verificado.

(3) «Fué Pelayo el primero que usó el *Don* por ante nombre, impuesto por sus vasallos para mas honoralle, hasta entonces solo permitido á los santos, que se presume palabra hebrea interpretada *Dóminus*, Señoren castellano.»

(Mendez Silva, poblacion de España, pág. 205.)

(1) Se carece de todo punto de noticias sobre la familia y procedencia de Gandiosa. Ignórase tambien la época de su enlace con don Pelayo.

(2) En la casa de villa de Cangas de Onís, se lee una inscripcion latina que recuerda que aquella villa fué residencia de los reyes de Asturias desde don Pelayo hasta don Silo.

(3) Una escritura que conserva esta familia, refiere que don Pelayo murió en la casa que posee la misma en Corao y se enterró en Abamia. La misma familia de Noriega guarda la posesion de dos sepulcros en Santa Eulalia de Abamia, en los que nadie se entierra por ser los que ocuparon los cadáveres de Pelayo y su esposa Gandiosa.



Cangas, de donde fueron trasladados posteriormente á Santa María de Covadonga donde reposan (1). El único trofeo que ornaba aquel a rústica tumba, era una lengua espada goda (2), la misma que sirviera de cetro al noble fundador de la monarquía que, después fué la mas estendida de la tierra.

El 8 de setiembre, aniversario del triunfo de Covadonga, una inmensa multitud de romeros va aun en nuestros tiempos, á pagar un tributo de gratitud á la memoria del libertador de España, bajo las agrestes bóvedas de la *Cueva de la Virgen*, y á recordar en aquellos lugares tan poéticos como históricos, las hazañas y las venerandas tradiciones de nuestros padres. La misa solemne se celebra aquel día al aire libre en el mismo campo que sirvió de teatro á la célebre batalla.

Los habitantes de aquel país de tan nobles y patrióticos recuerdos, conservan pura la tradicion del gran suceso de nuestra regeneracion política, sin afearla con

ridículas consejas, solamente enseñan unos pedazos de granito que dicen son piedras que se incrustaron en la tierra porque los moros querian lanzarlas contra los cristianos; unos profundos surcos que se ven en un peñasco, que son el resbalon del caballo de don Pelayo, y finalmente que el diablo arrebató al obispo Opat en el momento del combate, cuya alusion quieren encontrar en un bajo relieve de la iglesia de Abamia, en el que se ve un diablo que arrastra á un hombre por los cabellos. Sin embargo, estas fábulas están poco generalizadas.

Por lo demas todos los sucesores del gran Pelayo recordaban siempre con respetuosa gratitud su ilustre nombre, como se ve por varios privilegios y escrituras antiquísimas, (1) y en los tiempos modernos el magnánimo Carlos III. quiso elevar un suntuoso monumento digno del héroe á quien se consagraba; mas la muerte no permitió al gran rey llevar á cabo su patriótico pensamiento, de lo que no cesariamos de lamentarnos si no estuviéramos convencidos de que don Pelayo tiene un monumento eterno en los pechos de todos los que llevan el honroso nombre de españoles.

(1) El sepulcro está situado en una covacha que se ve á la derecha de la entrada de la gran caverna de Covadonga. El sarcófago por su grosera fábrica muestra bien ser del siglo VIII. Está sencillamente posado sobre la peña, y tiene una orla del mismo gusto que las esculturas del monasterio de Villanueva, fundacion de la hija de don Pelayo. La covacha es muy pequeña y sin mas ornato que el moho producido por la humedad del sitio, y se halla cerrada con una reja fija en una ventana que solo deja ver el interior. Una inscripcion del siglo XVI espresa que aquel sepulcro encierra los restos de don Pelayo, de su esposa y de su hermana.

(2) Fué trasladada en el siglo pasado á la Armería real de Madrid.

(1) Un privilegio de Alfonso el Casto, de 18 de noviembre de 812 dice «Ex qua peste tua dextera Xste, famulum tuum ernisti Pelagium. Qui in principis sublimatus potentia, victoria liter dimicans hostes perculit, et christianorum, Asturumque gentem victor sublimando defendit etc.» Otro de Alfonso el Magno de 15 de abril de 869. «Pius noster dominus. Adelfonsus ex proprietate bisavi sui Dni Pelagii, etc.»

N. C. DE CAUNEDO.

TRAGES PINTORESCOS.



DEQUINOS DE VIAGE.

GLORIAS DE ESPAÑA.

TRIUNFAR DESPUES DE MORIR.

I.



ubria ya la noche con su negromanto la vasta campiña de las inmediaciones de Valencia, y un silencio profundo, casi fúnebre, reinaba en todo el ámbito de esta vasta ciudad, entonces mitad árabe y mitad cristiana, pues aun- que conquistada recién- temente por el Cid, toda- vía se albergaban en ella muchos de sus antiguos poseedores, fieles secta- rios de Mahoma. No se percibía mas movimiento que el producido por el lento paseo de algun solitario centinela puesto sobre la mura- lla; pero en el parage mas retirado de esta y apoyado en las almenas había un hombre inmóvil y con la vista fija en la campiña. Así que la luna, oculta tras de las nubes, se presentó por un momento é iluminó todo el campo, no pudo aquel hombre contener un estremecimiento de alegría, al divisar á lo lejos los turbantes blancos y las relumbrantes armas de las tropas musulmanas que se acercaban á la poblacion. A poco rato apareció en el lin- dero del mas inmediato bosque un hombre que, des- pués de haberse detenido un rato mirando hácia las murallas cual si esperase alguna seña, echó á correr de pronto hácia ellas, cruzando la campiña con velocidad extraordinaria. Al llegar al pie de la muralla, una esca- la de cuerda cayó desde lo alto, y sin titubear un mo- mento trepó por ella con agilidad suma y se halló en brazos del compañero que arriba le esperaba diciéndole:

—Amin, yo soy: sube sin temor.

—Aquí me tienes: falta ahora que cumplas lo prome- tido; pero antes debo advertirte que mi jefe exige una seguridad de que sean auténticas tus palabras.

—¿No le basta saber, contestó el otro, que musulman como él aborrezco de muerte á los cristianos y que per- teneciendo ademas al linage de los Almorayides estoy interesado en vengar la muerte de nuestro caudillo Abenjafa y el exterminio de la tribu llevado á cabo por estos malditos cristianos que hoy dominan en Valencia?

—No le basta; quiere ademas una prueba.

—Tampoco esa le faltará, contestó el moro sórdamen- te, y cogiendo á su interlocutor del brazo le hizo andar algunos pasos y mostrándole un cadáver tendido en el suelo con un puñal todavía clavado en el sangriento pe- cho, le dijo:

—He ahí el soldado cristiano que aquí estaba de centinela y que indudablemente hubiera estorbado nues- tro coloquio. ¿Basta esta prueba?

—¿No se puede exigir mas!

—Pues vuelve ahora á tu desconfiado gefe y dile que no se aparte de estos muros sin conquistarlos, como ya

por tercera vez intenta hacerlo, que mañana será suya toda Valencia y rendirá ó dispersará delante de sí á es- tos cristianos que por tan invencibles reputa: mañana en fin, han de verse vengadas todas nuestras ofensas.

—Es casi imposible creer lo que aseguras.

—Lo creerás con una sola palabra que te diga... ¡El Cid ha muerto!...

—¿El Cid! ¿Será posible? ¿Ese constante enemigo nuestro en el que los cristianos fundaban toda su espe- ranza? ¡Oh! si, nuestro triunfo es seguro!

—Mañana mismo saldrán nuestros enemigos de estas murallas, donde ya muerto su caudillo no pueden sos- tenerse, y el rey Bucar entrará sin obstáculo en Valen- cia. Pero esto no basta, que esté el rey sobre aviso y aparentando que ignora ó que no quiere estorbar su sa- lida de la ciudad, caiga sobre ellos de improviso en la campiña, y allí perezcan todos, hombres, mugeres y niños, todos, hasta el último.

—Voy, pues, presuroso á llevar á mi rey esta noticia que ha de colmarle de júbilo. ¿Pero tú acaso no vienes conmigo?

—Mi ausencia seria notada, y los cristianos sabiendo que alguno se habia fugado al campo enemigo, pudieran adoptar algunas precauciones que frustrasen todos nuestros intentos. Solo que la muerte que he tenido que dar á ese soldado, es la que me contraria, pues no sé cómo ocultar su cadáver.

—¿Huyamos! exclamó vivamente el otro moro ava- lanzándose á la muralla. ¿Escuchas? ¡Hemos sido des- cubiertos!

Oíanse entonces efectivamente las voces de traicion que daba uno de los lejanos centinelas de la muralla, á quien sin duda habian llamado la atencion los movimien- tos de los dos moros, y que se habia adelantado bastante de su puesto para reconocerlos. Acudian tambien pre- surados los soldados del cuerpo de guardia mas inme- diato, los que dispararon sus flechas hácia el sitio por donde creyeron que entraban los enemigos. El moro que habia subido por la escala, se deslizaba ya entonces por ella como si fuese abandonado al solo peso de su cuerpo; pero el habitante de la ciudad, al pasar el pie por encima de las murallas, recibió un flechazo que le tendió sin vida sobre las losas.

Llegaron los soldados, y al ver que el otro se esca- paba, cortaron prontamente la escala para que el fugi- tivo se desplomase con ella. Sintióse en efecto el ruido sordo de su caída, y aunque ya no era mucha la dis- tancia que le separaba de la tierra, el moro quedó inerte cual si se hubiese estrellado contra ella. Estaban los soldados desde arriba felicitándose por haberle quitado de aquella manera las ganas de escapar, cuando el caido se enderezó prontamente, partió á escape, de modo que un caballo á gran trote no hubiera podido alcanzarle, y en direccion al campamento enemigo desapareció rápi- damente por entre el espeso matorral en que la primera vez apareciera.

II.

Vencido y ahuyentado de Toledo el rey moro Hia- ya, hijo de Almenon, habia venido á refugiarse en Va- lencia, ciudad que por herencia y por derecho le perte- necia, y en la que esperaba acabar sus dias en paz, se-

gun los tratos y capitulación que había hecho con el rey don Alonso el VI de Castilla, conquistador de Toledo. Mas como para los vencidos y abandonados por la fortuna no hay dicha completa, el daño que Hiaya no tenía que temer de parte de los cristianos, le vino de parte de sus mismos vasallos que de muerte le aborrecían. No podían ellos olvidar la pérdida de Toledo, ni las vergonzosas pruebas de cobardía que había dado aquel malaventurado rey; su amistad y alianza con el enemigo, acabó de impacientarlos y concluyeron por rebelarsele, en términos que Hiaya hubo de reclamar el auxilio de los cristianos para reprimir á sus vasallos. El rey don Alonso, ocupado á la sazón en cosas que atañían á la conservación y seguridad de su estado, no podía acudir al amparo de su nuevo aliado; pero el noble Rui Diaz de Vivar llamado *el Cid*, voló presuroso á defenderle con tanto mayor empeño, cuanto que socolor de amparar al rey de Valencia, tomaba para sí los pueblos y castillos de la comarca ó hacia tributarios á sus poseedores, y promoviendo la discordia entre los moros, echaba leña al fuego en que se había de consumir aquel infeliz monarca. Así sucedió en efecto, y los moros casi desesperados, viendo que sus esfuerzos eran inútiles para sacudir el aborrecido yugo, llamaron en su auxilio á los Almorávides, que entrando en la ciudad por traición de Abenjafa, promovieron un espantoso motín en el que Hiaya fué destronado y muerto, quedando la ciudad por sus enemigos. Esto era precisamente lo que mas convenia á los intereses del Cid.

Tenia este, no ya un pretexto, sino una causa justa para acometer á aquella ciudad en la que no se albergaba el rey Hiaya su antiguo aliado, sino los traidores que le habían desposeído del reino. Presentóse, pues, el Cid delante de Valencia, y esta populosa ciudad, tan provista de medios de defensa, tan llena de guerreros formidables y de valientes y fanáticos soldados, se rindió al fin despues de algunos dias de sitio, mas que á las armas y á las fuerzas materiales de que el Cid podía disponer, á la fortuna que favorecia sus empresas y al valor y constancia con que solía llevarlas á cabo. Si empresa por demas atrevida fué la conquista de Valencia, rayaba en temeridad el pretender conservar viva fuerza esta ciudad, rodeada por todas partes de enemigos y espuesta ademas á las acometidas de los moros de Africa, que habían de embarcarse presurosos para volar á el auxilio de sus hermanos de la Península. Pero á todo hacia frente el magnánimo esfuerzo del Cid, que resuelto á sostenerse en Valencia, envió á llamar á su esposa y á sus dos hijas, depositadas en San Pedro de Cardena durante los azares de la guerra; estableció obispo, trayendo desde Toledo al venerable Gerónimo, uno de los compañeros del arzobispo don Bernardo, adoptó todos los medios de defensa que le eran posibles y que revelaban su firme propósito de desafiar en aquella ciudad todo el poder de la morisma. Cuan grandes fuesen los recursos y poderío del Cid en aquella época, lo revela el que para dar parte al rey don Alonso de su nueva conquista, pidiéndole el beneplácito de conservarla, le envió una embajada magnífica, cuya comitiva destumbró á los ciudadanos de Toledo al cruzar las calles con toda pompa para dirigirse al alcázar. Iban en ella conducidos por doscientos escuderos, doscientos caballos briosos, primorosamente enjaezados y con doscientos alfanges moriscos de tan maravilloso temple como variada labor, pendientes de los arzones de las sillars. Este regalo, verdaderamente regio, lisongó mucho al rey don Alonso, y contribuyó no poco á hacerle olvidar los motivos de disgusto que con el Cid pudiera tener.

En Valencia estableció el Cid su residencia que podía competir en grandeza con la de los mejores soberanos de la época. Allí celebró las bodas de sus hijas do-

ña Elvira y doña Sol con los infantes de Carrion, personas en quienes el valor y los generosos sentimientos no corrían parejas con la nobleza de su sangre: allí recibió la solemne embajada del rey de Persia, distincion solo á él concedida y mas notable por venir de tan lejano monarca hasta el que había llegado la fama de sus hazañas: allí, en fin, rechazó por dos veces las acometidas del rey Bucar que desde Africa había pasado á engrosar el ejército con que los moros de la península pensaban recobrar á Valencia. Pero las dichas del Cid así como su vida, habían de tener un término, y precisamente á los cinco años de la conquista y cuando el rey Bucar volvía á tentar el último esfuerzo, sintió el caudillo castellano la dolencia que le llevaba al sepulcro. Como muerto él era imposible que la ciudad se sostuviese, dispuso en su testamento, que todos la abandonasen y que concertando en caso necesario capitulación con los moros, volviesen á Castilla formando escuadron, en cuyo centro fuesen custodiadas su esposa doña Jimena y las mugeres y niños de los demas pobladores, con todo lo que creyesen digno de ser salvado de los enemigos. Así lo hicieron conforme el Cid lo dejó mandado; pero cuando fijado el dia, estaban ya saliendo por las puertas de Valencia, vinieron los primeros avisos de que los moros faltando á lo prometido iban á estorbar aquella determinacion y á caer de improviso sobre los cristianos. Los caballeros y gefes, visto que no era posible retroceder, se acercaron á doña Jimena, consultándola, si tendria resolucion para seguir adelante: á lo que aquella muger animosa no respondió mas que estas palabras.—«Soy la esposa del Cid.»

III.

Apenas habían salido de Valencia los últimos ginetes que formaban la retaguardia de la expedicion, cuando en aquella campiña, al parecer tan silenciosa, resonó de improviso un clamor espantoso, producido por las exclamaciones de ¡Allah, Allah! con que los infieles se animaban al combate. Al mismo tiempo y como si saliese de la misma tierra, apareció al frente y por los costados del camino una multitud de moros, que sedientos de sangre y contando con un triunfo seguro, iban á precipitarse sobre los cristianos con aquella impetuosa rabia de la fiera que se avalanza sobre su presa. Al estrépito del campo, responde entonces otra no menos horrible vocería en lo alto de las murallas de Valencia, que aparecen de improviso coronadas con dobles hileras de infieles, no menos resueltos que los de la campiña, con los que indudablemente estaban en combinacion.

Detuviéronse simultáneamente todos los caballeros y soldados cristianos, no porque titubeasen en avanzar, pues allí bien sabían no había mas recurso que marchar adelante, sino para agruparse al rededor de las prendas queridas que iban custodiando, y concentrar sus esfuerzos para abrirse paso por el punto mas débil. Furiosos al ver convertidas en certidumbre las sospechas que tenían de aquella infame traicion, acometieron á los enemigos con furor indecible, cruzando por una granizada de flechas que por todas partes los envolvía y derribando con sus terribles golpes á los primeros que osaron resistir. Esparcieron el espanto y la muerte en las primeras filas de los infieles; pero estos eran tantos y cerraban de tal modo el paso, que los caballeros cristianos hubieron de replegarse alrededor de doña Jimena y de su séquito, resueltos á morir á su vista defendiéndola, antes que presenciar los ultrages y cautiverio que los enemigos les preparaban.

Precisamente cuando el desaliento empezaba á cun-

diran las filas de los cristianos y cuando esperaban ya la última y decisiva acometida de los enemigos, vióse á estos retroceder de improviso como horrorizados, empujarse unos á otros con la mayor confusión, atropellándose con desórden y huyendo cual si los persiguiese alguna vision aterradora.

—¡El Cid! ¡el Cid! clamaban los moros, huyendo y señalándose unos á otros un caballero que se acercaba lentamente sobre su caballo, escoltado y acompañado por los valientes guerreros, de cuyas filas de improviso había salido.

Era efectivamente el Cid, sobre su caballo Babieca, cuyo ardor costaba trabajo refrenar. El Cid con su tizona en la mano, con su escudo en que campeaba la divisa ondeada, bien conocida de la morisma, con su capellina labrada en la cabeza, y con todos los arreos, en fin, con que acostumbraba presentarse en las batallas.

Indecible fué el espanto que esta aparición causó en los musulmanes: el ángel exterminador de que hablan sus tradiciones no hubiera producido en ellos mas aterrador efecto. Unos se creyeron buenamente que el Cid había vuelto á resucitar para perseguirlos todavía, otros, los mas avisados, y el mismo rey Bucar, se figuraron que todo aquello era una estratagema de los cristianos, y que estos habían fingido la muerte del Cid, para infundir aliento á los moros y atacarlos despues de improviso con aquel formidable guerrero á la cabeza.

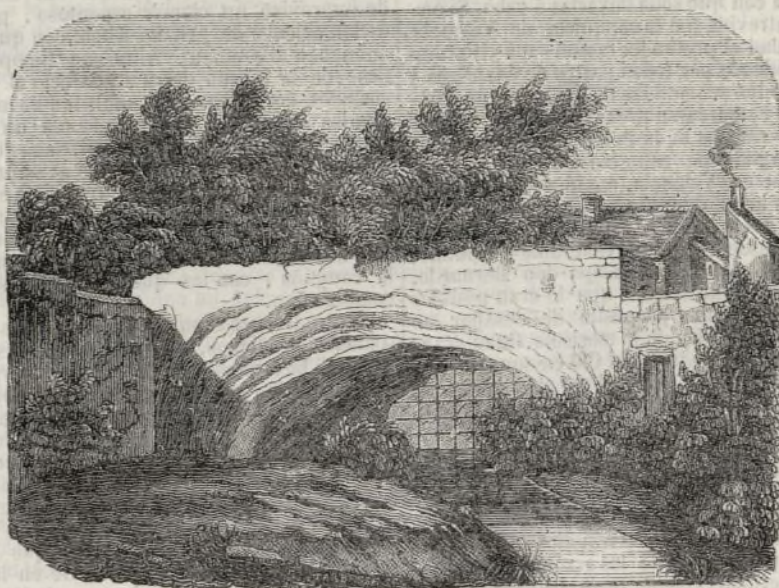
En esta persuasion trataron de no ser victimas del engaño, pues estando vivo el Cid, era indudable que había de salir triunfante, y retirándose con precipitacion dejaron franco y espedito el paso á aquel reducido escuadron que llegó salvó y triunfante hasta las fronteras de Castilla.

Muerto Rui Diaz de Vivar y cuando segun lo espresamente prevenido en su testamento, era preciso abandonar á Valencia, Gil Diaz y los otros deudos del célebre conquistador, acordaron que este saliese de Valencia, no tendido é inerte sobre un fúnebre ataud, sino erguido y arrogante sobre su caballo de batalla, en el cual había entrado en triunfo en la rendida ciudad. Para esto, por una de aquellas inspiraciones que dejan de ser extravagantes cuando un éxito dichoso y providencial le justifica, tomaron el cadáver del Cid, maravillosamente fresco y conservado sin perder la regularidad de sus facciones y su barba, merced á los ungientos con que había sido embalsamado y que en preciosos botes le habían traído los embajadores del rey de Persia. Tomaron, pues, el cuerpo y le ajustaron y acomodaron sobre Babieca, sosteniéndole con dos tablas que llegaban hasta debajo de los brazos, colgándole el escudo, atándole la espada en la mano, y dándole, en fin, todas aquellas apariencias de vivo y aquel aire de arrogante conquistador, que sorprendiendo y aterrando á la morisma, fueron la salvacion de todos.

Hecho singular fué este, que basta por sí solo para probar altamente cuan grande fuese el prestigio del Cid castellano, y el terror que había sabido infundir á sus implacables enemigos. El que durante toda su vida y en una no interrumpida serie de batallas campales siempre se ostentó vencedor, debía tambien despues de muerto infundir aliento á los soldados que pelearon bajo sus órdenes, los que mientras poseyesen su cadáver todavía se consideraban invencibles, puesto que todavía no estaban enteramente abandonados de su invicto caudillo, único á quien era dado el triunfar despues de morir.

F. FERNANDEZ VILLABRILLE.

VISTAS DE FRANCIA.



PONTE DE SAN ALIBIO EN CLERMONT FERRAND.

La particularidad de este puente consiste en haberse formado naturalmente con las aguas de un manantial que tiene cualidades petrificantes. En España hay tambien muchos manantiales de igual naturaleza, pero no sacamos el mismo partido de ellos que los habitantes de San Alibio del suyo; estos colocan en el manantial objetos de todas especies, frutas, plantas, cestas y animales que se cubren con una capa que les dá el carácter de fússiles y los venden luego á muy buen precio á los curiosos viajeros.

ESTUDIOS RECREATIVOS.

EL DEVOCIONARIO.

INTRODUCCION.



En invierno último tenía yo la costumbre, después de pasar los días en las oficinas del ministerio, de ir algunas noches á casa de mi amigo el doctor N***. Todavía no se había hecho célebre en su facultad; pero su pasión desmedida por las ciencias y bellas letras, le había puesto en relación con muchos escritores de nota, y con sabios de todos los países, y por lo mismo estaba seguro de encontrar siempre en su casa algún representante de esa aristocracia intelectual que domina, por su ingenio, la gran familia europea.

Sentado cómodamente en una antigua poltrona y con los pies apoyados en un taburete cercano á la chimenea, me gustaba trabar conversacion sobre cualquier asunto, bien con un italiano apasionado por las bellas artes, bien con un alemán, grave, sabio y religioso; y siempre experimentaba un vivo placer, cuando veía entrar un joven inglés, que consideraba como al verdadero tipo de la elegancia británica. Alto, rubio, pálido y taciturno, sir Arturo parecía no tener ni un objeto determinado, ni una esperanza sobre la tierra. Trabajaba, no obstante con ardor, y en las ciencias hacía progresos admirables. Mi amigo el doctor N*** que le había visitado como médico, descubrió bien pronto que su enfermedad procedía del alma, y no teniendo por consiguiente esperanza de curarlo, se contentaba con hablarle de botánica, ó de geología á fin de distraerlo. Sir Arturo no faltaba á esta reunion ningún martes; pero cada semana que transcurría percibíamos en su semblante una alteracion mas profunda.

Una noche, no estábamos allí mas que los tres, el inglés, el doctor N*** y yo: sir Arturo hablaba poco, y su voz mas melancólica y mas grave que de costumbre, nos hacía estremecer, pareciéndonos el amortiguado eco de una campana que se oye de repente á media noche; á cada una de sus frases seguía un largo silencio; y nosotros contemplábamos con un doloroso interés á este hermoso joven tan bueno, tan noble, tan sabio, y que tal vez muy pronto iba á sucumbir víctima de un gran dolor.

Entonces yo, haciendo un esfuerzo para ahuyentar los *blue-devils*, (1) como dicen sus compatriotas, comencé á recitar los versos siguientes:

Bella y deliciosa flor,
Que á los rayos del estío
Y al dulce y fresco rocío
Manifiestas tu esplendor;
La fragancia que despides,
Al bien que adoro recrea,
Y cada vez que te vea
Repetirá, no me olvides,

(1) Los diablos azules.

No bien acabé de pronunciar estas últimas palabras, cuando sir Arturo se desmayó, é indudablemente hubiera caído á tierra si yo no me hubiese apresurado á sostenerle. El doctor N*** le echó un poco de agua fresca en el rostro, y al instante volvió en sí; pero apoyándose sobre mi hombro comenzó á sollozar, y así permaneció lo menos un cuarto de hora, haciendo inútiles esfuerzos para contenerse. En fin, tal vez, avergonzado de su debilidad, nos pidió perdon por la anterior escena; nosotros no quisimos preguntarle el motivo que la había causado; mas él conoció nuestra curiosidad, y bien por escusarse, ó bien por entregarse al único placer de los infortunados, que es el de relatar sus penas y escitar la compasión, nos ofreció contarnos su historia. Queda á la consideracion de los lectores la facilidad y el gusto con que consentimos en escucharle.

Dió principio á su relación en español bastante puro; pero cada vez que le sobrecogía algún triste recuerdo, se espresaba en su lengua materna, y estas palabras extranjeras que se mezclaban con las de nuestro lenguaje, producían en nosotros una especie de conmoción galvánica, llena de singular tristeza.

I.

«Yo pertenezco, nos dijo, á una familia honrada, aunque pobre: mi padre era oficial de la marina real, y murió á los cuarenta años, y al poco tiempo también perdí á mi madre. Uno de mis tíos paternos tuvo compasión de mí, y logró mi admision en un colegio cerca de Londres, y además se encargó de pagar los gastos de mi educacion.

«Sin embargo, mi tío William no era rico; marino como mi padre, se había casado á los veinte años de edad por inclinacion, no por cálculo, y cuando al poco tiempo de su casamiento se vió precisado, á consecuencia de un desafío, á dejar el servicio militar, no le quedó para vivir mas que un mezquino sueldo, y un pequeño capital que impuso en casa de uno de los principales banqueros de Londres. Las heridas que había recibido en este duelo fatal, no le permitían emprender una vida activa y se retiró á un reducido *cottage* (1) donde veía transcurrir los días en la oscuridad. Como la morada de los ricos persas, la cabaña de sir William era pobre y sombría en lo esterior; pero dentro encerraba tesoros de virtud y amor. Mi tía era un ángel de bondad, su hija... ¡no hay lengua que pueda espresar los encantos de su persona ni los de su entendimiento!...

«Mis tíos estaban contentos de mí, y yo tenía el permiso de salir del colegio casi todos los domingos. ¡Con qué arrebatos de alegría me lanzaba en plena libertad en el seno de los campos y de los bosques! Sobre todo, ¡con qué placer comprendía mi camino hacia la humilde residencia de mi tío, donde estaba seguro de recibir la mas tierna y afectuosa acogida! En el umbral de la puerta solía encontrar á mi prima Mary, fresca y risueña como la primavera. Sir William me abrazaba con cordialidad, y mi tía no solo me acariciaba, sino que me daba golosinas.—Hace seis meses, que soy rico y busco todos los

(1) Cabaña.

placeres del mundo para distraerme; pero á todos los goces de la fortuna y del lujo renunciaria gustoso, por un solo día semejante á los que pasé en aquella cabaña al lado de mi prima Mary.

«¡Qué dulce y seductora la encontraba! ¡Qué de gracias y perfecciones iban apareciendo en ella cada día! Antes que hubiese cumplido los catorce años, era casi tan alta como yo; pero tan delicada y tan esbelta, que se mecía incesantemente como una azucena batida por el viento!

«Yo acababa de cumplir los diez y nueve años, cuando el director de mi colegio declaró que mis estudios estaban concluidos, y me mandó á mi casa despues de muchos cumplimientos. Al instante me encaminé á la cabaña de sir William para darle parte de mi emancipacion escolástica: habia salido con su esposa, y encontré á mi prima, ordinariamente tan risueña, pensativa y llena de tristeza. Hacia ya mucho tiempo que mi tia se hallaba consumida por una grande afeccion de pecho, y su médico acababa de decirle que era menester que saliese de Inglaterra y viniera á habitar para restablecerse á un pueblo del Mediodia de España. Habiendo partido el médico, se echaron cuentas acerca de los gastos del viage, y viendo que la fortuna de sir William no era suficiente para emprenderle, el viejo militar comenzó á llorar como un niño. La pobre enferma se esforzó por consolarle, y cuando yo llegué acababan de salir, á fin de distraerse dando un paseo.

«Esto fué lo que Mary me dijo; cuando dió fin á su triste relato, le referí por mi parte las inquietudes que ya me causaba mi libertad, y vi con un sentimiento de placer mezclado de pena, la ansiedad que se pintaba en sus facciones.

«Sentéme á su lado y comenzamos á formar proyectos; al poco rato convinimos en que yo partiria para Londres, donde probablemente alcanzaria un buen éxito con la literatura á que era aficionado, como lo habia alcanzado en el colegio, y que al fin, cuando hubiese reunido una decente cantidad, los cuatro partiriamos á Italia.

«Si, mi querida Mary, exclamé con entusiasmo; no pasará mucho tiempo sin que haga fortuna, y despues nos reuniremos para no separarnos jamás.

«Hablando de esta manera estreché sus manos contra las mias, y viendo que se enrojecia su semblante encantador, volví á experimentar una emocion desconocida. Mi tio entró en este momento, nos miró y su frente se cubrió de una palidez siniestra.

«A pesar de todo fué aprobado mi proyecto, pues era el único que podía cambiar nuestra suerte. A la mañana siguiente partí, y la despedida fué tierna y afectuosa; pero la esperanza estaba en el fondo de nuestros corazones. «Pronto nos volveremos á ver,» deciamos para consolarnos, «y esperando pensaremos sin cesar en el placer de reunirnos para siempre.»

«Me encontré aislado en la capital, como lo habia estado diez años antes en mi colegio. Vds. adivinarán sin duda lo que me sucedió. Los literatos á quienes fui recomendado, me recibieron con suma cortesía y no leyeron mis obras; los periódicos que desdeñaban insertar mis artículos, me ofrecieron una suscripcion en cambio de ellos, y poco á poco mis ilusiones se fueron desvaneciendo al extremo que, cuando mi tio me escribia que Mary estaba triste y que su madre se empeoraba, caí en un desaliento que ni aun me permitia trabajar.

«No pude resistir: quise volver á visitar mi querida cabaña, donde con tanta frecuencia habia experimentado momentos de alegría; partí á pie, y durante el camino no llevaba otra cosa en mi imaginacion que el extraordinario regocijo que iba á leer en los ojos de Mary; pero á medida que me adelantaba, mis pensamientos iban tomando una tintura melancólica, y un temor vago se

apoderaba de mí. Desde lo alto de la colina, la casa me pareció mas sombría y mas silenciosa que de ordinario, y el corazón me latia al acercarme. Puse la mano en el cordon de la campanilla, y cuando la oí sonar, hubiera querido ahogar los sonidos, pues me veia atormentado por mil pensamientos funestos.

«Salí á abrirme Mary; la encontré pálida y delgada; al verme no pudo contener un grito de sorpresa; pero en seguida bajando la voz me hizo saber que su madre estaba gravemente enferma.

«Sin embargo, me anunció y entré sin hacer ruido. Mi tio estaba sentado á la cabecera de la cama, y sin levantarse y mirándome apenas, me mandó sentar: solo la enferma parecia regocijarse con mi llegada; tendíome sus brazos, y cuando yo la estreché contra los mios, creí que tambien iba á perder á mi madre.

«Muchos días y muchas noches permaneci á su lado: ninguno de nosotros hablaba, pero los grandes y hermosos ojos de Mary, cuando dejaban de mirar á su madre, se dirigian á mí y los encontraba llenos de una afeccion inefable.

«En fin, el viejo doctor declaró que mi tia estaba ya fuera de peligro; sir William se lanzó á su cuello; Mary cubrió de lágrimas y besos una de sus manos, y yo estuve tentado de adorarle como á un Salvador.

«Mi tia con una voz débil mandó á Mary que le trajese su devocionario, y despues, volviéndose hácia donde estaba el médico

—«Caballero Forster, le dijo, mis oraciones y las de mis hijos seguirán á vd. por todas partes; ya sabe vd. que no tenemos otra cosa que ofrecerle. Reciba vd. este libro: era para mí un recuerdo de amistad; sirvale á vd. tambien como recuerdo de una familia verdaderamente reconocida.

«El buen doctor recibió el devocionario que le entregó mi tia con su temblorosa mano; pero en el acento de su voz comprendió, que al dárselo hacia un grande sacrificio, de suerte que inclinándose un poco para ocultar su emocion, abrió el devocionario, tomó una tarjeta que señalaba una de sus páginas, y dijo á Mary:

—«Yo guardaré esto como una preciosa reliquia; en cuanto al libro, hija mia, consérvale vd. cuidadosamente: vd. encontrara en él palabras santas para dar gracias á Dios por haber mejorado á su madre, pues aun cuando yo soy el que la he asistido, es Dios quien la ha curado.

«Despues que se apaciguaron los primeros arrebatos de alegría, comprendí lo crítico de la situacion de mis parientes. Para subvenir á los gastos de una enfermedad tan prolongada, habia mi tio empeñado su sueldo de retiro, y percibia una cantidad muy mezquina: el buen doctor suministraba los medicamentos; pero tambien era pobre y no pudo hacer mas, y nadie en la tierra se interesaba por ellos. ¡Oh! vds. no pueden comprender, si no lo han experimentado, la rabia infernal que se apodera de nosotros cuando vemos sufrir á la persona que amamos.

«¡Ay! Yo era para ellos una carga muy pesada, y tuve que renunciar á la felicidad de verlos: no procuraron detenerme, pero me abrazaron como Jacob abrazaba al último de sus hijos.

«Mary me condujo á cierta distancia; aun no me habia hablado de mis asuntos, y tímidamente me preguntó si seguia en mi propósito de hacer fortuna.... Yo no me determiné á hacerle saber toda la verdad.

—«¡Ay! exclamó Mary; muy triste me quedé la primera vez que nos separamos, y sin embargo esperaba volverte á ver muy pronto: creia que con el tiempo seriamos felices; pero ahora, Arturo, no conservo ni aun la mas remota esperanza.

«Procuré tranquilizarla; pero á mi pesar, las palabras de confianza solo salian de mis labios y no de mi

corazon, porque mis temores superaban á los de Mary.

«No obstante, cuando llegué á Londres me dieron una nueva muy favorable. Mi última obra habia tenido buen éxito, y mi editor me entregó una suma que me pareció un tesoro: me apresuré á enviar la mayor parte á mi prima, y acaso nunca he experimentado tanta alegría como cuando lei su carta en que me daba las gracias.

«Trabajé con ardor y entusiasmo, y no trascurrió mucho tiempo sin que me encontrase en la posibilidad de dirigir á Mary el producto íntegro de una obra nueva que acababa de escribir: mucho me afectó la respuesta de su padre, porque se mostraba de todo punto abatido y desalentado.

—«Hijo mío, repelia muchas veces; procura no casarte mientras no cuentes con una gran fortuna; yo tengo el corazon despedazado por las desgracias que me rodean. Si fuese solo sabría soportarlas ó morir... ¡Pero mi muger, mi hija! sin tí ya nos hubiéramos muerto de hambre. Dios te recompense, y que mi ejemplo aleje en tí la idea de casarte por amor!

«Mi tia se fué restableciendo lentamente; para no robar nada á mi trabajo, habia estado mucho tiempo sin pasar á verlos; hasta que recibí una carta que me hacia saber que el médico persistia en aconsejar á la enferma que pasase á España. Mi tia esperaba que el cambio de aires restableciera también á su esposo, cuya salud se hallaba recientemente alterada. Gracias á mi esta familia tenia lo necesario para emprender el viage; y una vez en España, sir William presumia hallar algun medio de utilizar sus conocimientos.

«La lectura de esta carta me conmovió; mis ojos la recorrieron maquinalmente, y mil pensamientos confusos vagaban por mi cerebro, como si realmente tuviese calentura. Con todo, yo no podia creer que este proyecto se realizase, porque me parecia imposible que mi prima y yo pudiésemos vivir separados á tan larga distancia.

«Partí para pedir esplicaciones, y al llegar encontré que ya se estaban haciendo los preparativos del viage. Mary estaba pálida y silenciosa, pero parecia resignada, y yo no podia contenerme.

«Hablé á mi tio acerca de los inconvenientes del camino; del mal tiempo, de las malas posadas; pero él sin decirme nada me señaló el agua que destilaban las húmedas paredes de su morada: entonces yo me volví hacia mi tia, y su rostro me probó con la mayor evidencia, la imperiosa necesidad de partir. Pedí permiso para acompañarlos, pero bien pronto todos me hicieron ver lo absurdo de este proyecto, puesto que no éramos bastante ricos para poder pasar sin mi trabajo. Por último, reuniendo todo mi valor, declaré á sir William que amaba á Mary como él habia amado á su madre, y que no podia consentir en separarme de ella.

—«Tio mío, añadió, querido tio, antes de partir déme la vd. por esposa.

«Aun no habia acabado de pronunciar estas palabras, cuando mi tio se levantó exclamando con una horrible exaltacion:

—«Mejor quisiera verla muerta, y á tí tambien.

«Mary al escuchar esta atroz exclamacion, se dejó caer de rodillas al lado de su madre, al paso que esta, lanzando un grito de espanto, se inclinaba y la estrechaba en sus brazos.

—«¡Cómo! continuó amargamente el inflexible marino, ¡pretendes seguir mis huellas! ¿No sabes que hace tres años que tengo aquí un gusano que continuamente me está royendo el corazon? ¿Quieres casarte con Mary para verla desgraciada? ¿Para ver hijos malditos que se mueren de hambre? ¿Quieres casarte con Mary que lleva la miseria por dote y por herencia...? ¿No, jamás, nunca! Si deseas volverme á ver, si temes mi maldicion, no me

hables mas de este casamiento, que solo podrá verificarse cuando yo haya dejado de existir.

«Yo estaba aterrado; salí de allí confuso y Mary me siguió.

—«¡Ay! me dijo; ya ves como la desgracia ha cambiado á mi padre; algunas veces no le conocemos! ¡era tan amable, tan cariñoso en otro tiempo!... Vuelve mañana, Arturo; pero no le hables de nada. Seamos dichosos ocho dias mas... Tal vez Dios se compadezca de nosotros.

«Seguí este consejo, y fui recibido por sir William al dia siguiente como si hubiese olvidado enteramente mi peticion: en cuanto á mi tia siempre se mostraba afectuosa; y Mary... el ruido de su leve pisada bastaba para embriagarme de alegría.

«¡Qué pronto trascurrieron los ocho dias en el seno de una tranquilidad turbada solo por un recuerdo del porvenir! Durante este intervalo, de una felicidad mezclada de calma y de tristeza, escribí en la portada del devocionario de Mary los siguientes versos:

There is a flower oft unheeded grows
Beneath radiance of a summer's day;
And though this little flower no magic disclose,
Yet will it tell thee all Y wish to say;
And when we are parted by the raging sea,
And when Y know not what may be thy lot,
Y' it send this flower á messenger to thee.
And it shall whisper thus; *Forget me not.* (1)

«Ya ve vd., continuó, sir Arturo, dirigiéndose á mí despues de algunos instantes de silencio, cuántos pesares debieron recordarme los versos que vd. recitaba; les ruego que me disimulen y presumo que no se mofarán vds. de mi debilidad.»

—«Nada de eso, respondimos á un tiempo, pero le agradeceríamos mucho que nos refiriese lo que le ha ocurrido desde esa época.

—«Porespacio de algunos dias mas, viví al lado de mi prima y hacíamos lo posible por olvidar nuestros pesares: todas las tardes nos paseábamos para gozar el sol de la primavera; y mientras que sir William y su esposa se sentaban á la puerta de la cabaña, Mary y yo nos subíamos á lo mas alto de la colina, donde admirábamos juntos las bellezas del cielo, la blanca y bulliciosa espuma de la cascada, ó las flores que crecian entre las rocas: otras veces la recitaba versos; en ciertas ocasiones, ella me cantaba romances, y yo la escuchaba admirado. ¡Qué dulce, y qué suave era su voz! ¡Cómo se aumentaba nuestro amor con la calma y la magestad de la naturaleza! ¡Cuánto me gusta y me deleita recordar los sitios que recorriamos juntos y las promesas que mutuamente nos hacíamos! Cuando repito en mi memoria los romances que entonaba, no puedo menos que conmovirme, y frecuentemente mis ojos se llenan de lágrimas. Mientras mas prolongábamos nuestros solitarios paseos, mas sentimiento nos causaba nuestra próxima separacion. «Mañana, decíamos todas las tardes cuando oscurecia, mañana vendremos mas pronto,» á fin de no perder uno solo de los momentos que aun podíamos disfrutar juntos.

«Pido perdon á vds. si doy demasiada latitud á mis recuerdos de felicidad; ¡se agolpan á mi mente con tan

(1) «Es una bonita flor que crece inapercibida á los rayos del sol del estio. Aunque no posee virtudes mágicas, repetirá todo lo que deseo decirte. Y cuando nos hallemos separados por el borrascoso mar, cuando yo esté inquieto por tu destino, te enviaré esta flor como un mensajero, y te murmurará: *No me olvides.*» Para comprender mejor el doble sentido de este madrigal, diremos que hay una flor en Inglaterra que llaman *Forget me not*. No me olvides.

grande encanto!... ¡Es tan amargo el resto de mi relato!...

«Al fin llegó el día de nuestra separación; nos habíamos sentado para desayunarnos; pero ni Mary ni yo pudimos acabar nuestra taza de té: sentimos que se acercaba la hora fatal, y no osábamos mirarnos con el objeto de no perder nuestro valor. De vez en cuando mi tío interrumpía nuestro silencio con algunas palabras indiferentes, cuyo ruido nos afectaba penosamente.

«De pronto el reloj tocó las nueve, y se repitieron en mi seno con horribles palpitaciones. Nos levantamos; parecía que un acontecimiento fatal é inesperado destruía toda la felicidad de mi vida; mis acciones se ejecutaban maquinalmente, y en esta terrible situación vi a aquella familia que subía en el carruaje llevándose mi mejor, mi mas grata esperanza.

«Sir William me dió noticias de su llegada á Sevilla, y por espacio de un año me estuvo participando nuevas acerca de su familia; despues cesó de escribirme, y este silencio me produjo una inquietud mortal. Fui á casa de su banquero y me dijeron los dependientes que éste se había fugado á Holanda á consecuencia de una quiebra y sin haber dejado nada á sus acreedores. Tampoco yo entonces me hallaba en el estado mas floreciente, pues el periódico en que escribía había dejado de publicarse, y pasé muchos meses en medio de la mayor angustia; pero en fin, resolví venir á España y dirigirme á Sevilla, aunque me fuese necesario para ello pedir limosna por el camino, cual otro Galdsmith.

«Con efecto, ya me hallaba dispuesto para partir, cuando recibí la noticia de que el tercer hermano de mi padre acababa de fallecer en Bengala, dejando sumas considerables, cuyos únicos herederos éramos mi tío sir William y yo.

«Al instante alquilé un carruaje y parti en posta, decidido á no detenerme hasta ver de nuevo á aquellas personas cuya ausencia no podía soportar, y darles tan grata nueva.

«Nunca había viajado y me creía trasportado á un nuevo mundo; pensaba ver la felicidad en todos los semblantes, y presumía tenerla pura siempre en el fondo de mi corazón: cuando divisaba un punto de vista agradable, alguna casa campestre de risueña apariencia, formaba el proyecto de establecerme allí con Mary, y me creía cercado de todos los goces que puede suministrar una grande fortuna, cuando se emplea en colmar los deseos de la persona á quien se ama. ¡Cuántas veces, especialmente durante la noche, me sentía sobrecogido por vagas inquietudes! pero salía el sol, y al ver la serenidad de la naturaleza, volvía á recobrar mi antigua calma.

«En fin, unas veces por tierra y otras embarcado, llegué al término de mi viage, y me apresuré en indagar dónde estaba la morada de mi tío. Se había mudado muchas veces y perdí enteramente sus huellas.... ¡Oh! ¡Qué amarga llegó á serme la felicidad que había concebido en mis sueños de gloria! ¡La confianza que tanto me había embriagado se convirtió bien pronto en pesares tormentosos! Rumores inciertos, siniestras nuevas, cuyo recuerdo me turban todavía, fué lo único que pude adquirir. Sin embargo, me pareció lo mas razonable dirigirme hacia Madrid y con el auxilio de nuestro embajador buscar por toda España á mis parientes ó averiguar el punto donde se hubiesen retirado; volví á partir al instante; recorrí de nuevo el mismo camino, pero, ¡ay! con qué diferentes sensaciones. Volví á ver sucesivamente las pintorescas casas de campo de aquel cielo puro y benigno de Andalucía, los hermosos y pintorescos paisajes que tanto admiré, recordé los sueños deliciosos que nacieron en mi alma y me arrinconé desesperado en el fondo de mi carruaje.

«Despues de haber hecho en Madrid inútiles indaga-

ciones, concluí por caer enfermo de *mal de corazón*. Vd., mi querido doctor, pasó á prestarme sus cuidados, y siguiendo los consejos de vd. me entregué enteramente al estudio para distraerme.—Esta es mi historia, señores.»

II.

El lector habrá quedado un tanto admirado si notó la semejanza que hasta cierto punto tenían los versos que recité con los de sir Arturo; mas esta semejanza era muy natural, pues la casualidad me había hecho poseedor del devocionario sobre el cual había escrito los suyos el inglés. Recorriendo los puestos de libros viejos me encontré con este librito, cuya elegante encuadernación me sedujo, y mas todavía el lindo madrigal que aparecía en la portada, escrito al parecer por una mano temblorosa. Los versos en cuestión, no eran mas que una sencilla imitación de aquellos. No quise decir nada á sir Arturo respecto á este singular hallazgo, temiendo hacerle concebir esperanzas tal vez engañosas; pero me ausenté á los pocos instantes, fui á mi casa, saqué el devocionario de mi estante, y al día siguiente corrí al librero que me le había vendido, y le rogué me dijese á quien se lo había comprado.

—Hace algunos días, me respondió, que una jóven inglesa que vivía en mi casa me trajo llorando este devocionario, y viéndola tan acorrajada le di por él el doble de su valor.

—¿Dónde está situada la casa?

—Calle de la Gorguera, número 12.

Estas señas me hicieron el efecto de una importantísima revelación, y aun me admiré de no haber pensado mas pronto en la persona que me indicaban. Era una jóven inglesa que muchas semanas antes había solicitado hablar con el ministro para obtener un socorro. Según la costumbre iba á ser negada su solicitud, pero estaba yo presente y me había conmovido su timidez, el embarazo en que se hallaba al expresarse en español ininteligible, y la alegría que espermentó cuando supo que yo conocía el inglés. La acogí bajo mi protección y contribuí á que la dieran algunos socorros. Poco tiempo despues había vuelto, me había hablado de nuevo de sus desgracias, de su madre enferma, de lo imposibilitadas que se hallaban por falta de recursos para volver á su país; pero el ministerio había cambiado, y no pude tener con el nuevo ministro la suficiente influencia para que la volviesen á socorrer.

Ademas quiero confesarlo, me dejé guiar por las palabras de uno de los porteros que decia á cada instante: «La conozco muy bien; es una pretendiente de profesión, una holgazana que no quiere trabajar.» Me escusaba cuando preguntaba por mí, y hasta hubo momentos en que me reconvine de haber hallado buenas maneras en una muger que ejercía semejante oficio. No obstante la calle de la Gorguera destruye todas mis ideas; allí habitaba mi inglesa, y al punto que me nombraron esta calle, me acordé de la interesante palidez de la jóven, de la limpieza y arreglo de su pobre tocador, de las lágrimas que silenciosamente corrían por sus mejillas y de la penetrante y profunda espresión de su voz. Pensaba al mismo tiempo en la tristeza del desgraciado Arturo, que se dejaba morir de desesperación, y que yo iba á volverle la vida; grande fué mi impaciencia cuando llegué al parage indicado. Me dirigí á una muger que hallé en la puerta y con el corazón lleno de placer, le pregunté:

—¿En qué cuarto de esta casa habitan dos inglesas?

—¿Qué inglesas? Aquí no vive ninguna inglesa.

—Si señora, una pobre enferma que tiene una hija, pálida, delgada.

—¡Aaaa! sí; ya sé quien vd. dice. Gracias á Dios ya no viven aquí. Si daba compasión mirarlás á la cara;

ni un mueble había en su cuarto, y en muchas ocasiones he tenido que darles de mi comida. De esa clase de señoritas hay muchas en Madrid.

—¿Pero sabe vd. dónde se han mudado?

—No señor, que Dios las ayude.

Yo estaba confundido, inmóvil.

—No se apesadumbre vd. por eso; vd. encontrará por ahí otras parecidas; no falta de esa gente en Madrid.

Me fué preciso contenerme al escuchar semejante respuesta y volví á mi casa desesperado; me acosté furioso y convencido que no había Providencia.

Poco á poco, sin embargo, mi desesperacion se fué dulcificando, y antes de quedarme dormido, ya casi me había consolado, persuadiéndome que esta jóven no sería la prima de sir Arturo.

A la mañana siguiente fui á su casa para asegurarme de la verdad.

—¿Cómo está vd., amigo mio? me dijo apretándome la mano y con la triste sonrisa que tenía de costumbre asomar en sus labios.

—He dormido muy mal; estaba afectado con la relación de sus desgracias, y toda la noche no he hecho mas que pensar en vd. y en su prima. He creído verla muchas veces; estaba pálida, con los cabellos rubios y los ojos negros.

Arturo cogió mi mano y la apretó lleno de emoción.

—¿Qué dice vd. de cabellos rubios y ojos negros? ¿Yo no he hablado de eso!

—¡Ay amigo mio! ¿si así no fuera, cómo podría yo saberlo?

—Es verdad, dijo dejando caer sus brazos con aspecto desalentado.

Ya estaba seguro de esta circunstancia, y resolví emplear mi tiempo en nuevas indagaciones. Me dirigí al gobierno político; busqué la sección de policía, el negociado de estrangeros; pero todas mis preguntas fueron en vano; inútil todo mi trabajo.

Una mañana, á los pocos días, sentí llamar á la puerta de mi oficina, abrí y se me presentó la jóven inglesa que tanto deseaba encontrar. Me levanté bruscamente, y este movimiento mio, llenó de sorpresa á la jóven.

—¡Ah! le dije al instante olvidando que no entendía el español. Dígame vd. ¿cómo está su madre de vd?.... ¿Dónde vive vd. ahora?... ¿Qué viene vd. á decirme?

—Perdone vd., caballero, si he vuelto á incomodarle; pero mi madre es muy desgraciada.

—Hija mia, consuélase vd., yo espero que muy pronto tendrán término sus padecimientos.

—¿Cómo?... ¿Pagará el ministro nuestro viage á Inglaterra?

—Si, yo arreglaré ese asunto... Pero ¿qué ha sido de su padre de vd?

—¡Ay! mi padre hace mucho tiempo que ha muerto.

—¿Muerto! ¿Y su madre de vd.?

—Ya comenzaba á mejorarse; pero los pesares y la necesidad la han obligado á recaer. Sin embargo, si pudiésemos volver á nuestro país, acaso nuestra suerte se mejoraría.

—Bueno, respondí: siéntese vd. ¿Tendrá vd. valor?

—Dios mio!... ¿Pues qué tengo que hacer? ¿Qué me quiere vd. decir? ¿Tengo que experimentar nuevas desgracias?

—No, no, al contrario; quiero dar á vd. parte de su dicha, solo que temo que vd. no pueda soportarla como ha soportado el infortunio. ¿Se halla vd. con fuerzas para escuchar nuevas dichosas, y muy dichosas?

—¡Hable vd., hable vd.!

—En primer lugar, su madre de vd. no volverá á experimentar mas privaciones.

—¡Ah! gracias! exclamó juntando sus manos.

Abrió el cajón de mi mesa; cogió el devocionario y se lo enseñé diciendo:

—¿Conoce vd. este libro?

Le cogió admirada; miró la portada, y descubriendo los versos escritos por sir Arturo, se puso todavía mas pálida que estaba: yo me asusté tambien; pero poco á poco vi reaparecer la sangre en la piel trasparente de la jóven, entonces la dije:

—Valor, señorita, valor. ¿Cómo quiere vd. que yo continúe si se manifiesta tan abatida?

—¿Pero qué puede vd. decir además?... ¿Dar á mi madre los cuidados que su salud exige no es la sola dicha que espero... al menos en España?

Comencé á vacilar. Antes de hablarla de Arturo, quise saber si era digna de él.

—Vd. tiene confianza en mí, ¿no es verdad? Pues bien, esté vd. tranquila por lo que respecta á su madre; la enviaré mi médico; recibirá todo cuanto pueda serla útil... ¿Por qué llora vd. tanto? Ya que ha escuchado lo que la he dicho hasta ahora, tenga vd. al menos mucha sangre fría para oír lo que resta. Pero primeramente es preciso que vd. me refiera exactamente lo que le ha sucedido desde que salió de Inglaterra. Ya sé parte de sus aventuras; tengo necesidad de saberlas todas.... Pero tenga vd. presente una cosa, y es que si omite la menor circunstancia, no me ocuparé mas de vd.

La inglesa había dejado de llorar, y me miraba con cierta inquietud y embarazo que me desagradó. Me acordé de las palabras equivocadas de la portera y me estremecí.

—¿Lo ha entendido vd? franqueza ó renuncio á protegerla.

—No conozco á vd. lo bastante, respondió, y no debo confiar á un estrangero lo que voy á decir. Pero no me haga vd. traición. Prométame vd. no revelar nada á nadie.

—Lo prometo, hábleme vd. francamente y sin temor.

—«Solo para traer á mi madre á un clima mas caluroso, abandonamos á Inglaterra. Primero hemos estado en Sevilla, donde vivimos muy tristemente, pues mi padre, antiguo oficial de marina, lleno de honor y lealtad, no disfrutaba mas que una renta muy módica, y las enfermedades cuestan mucho. Para colmo de desgracia ninguno de nosotros sabía el español: sin embargo, mi madre se iba mejorando bastante, pero al poco tiempo dejaron de pagar á mi padre su renta. Escribí á Londres á su banquero, y le contestaron que se había fugado llevándose el dinero de sus acreedores. Esto fué para nosotros una sentencia de muerte, pues habíamos agotado nuestro dinero, y habíamos tenido que vender nuestros vestidos, nuestros muebles, y no teníamos ni aun para comprar pan.

«Mi padre logró una colocación en la empresa del Guadalquivir como inteligente en la marina, pero desde el primer día que fué á bordo, se reverdecieron sus heridas y volvió á casa amarillo, temblando y lanzando miradas que me parece siempre estarlas viendo. Mi madre procuró consolarle, y mi padre mandó que se callara: yo me aproximé á él y me rechazó con aspereza, pues su carácter se había agriado con el hábito de la desgracia.

«Pasé á sentarme al lado de mi mamá y quedé apoyada sobre su hombro todo el día llorando y sin comer. Mi pobre madre no se determinaba á llorar, pero de vez en cuando me besaba la frente y sentía que sus labios brotaban fuego.

«Cuando llegó la noche, dijo mi madre con su voz dulce: «William; tú no has querido vender todavía las pistolas que te regaló el almirante, y esta pobre niña tiene hambre.»

«Mi padre se levantó sin responder, descolgó las pistolas de la pared, las miró por todos lados y observé que gruesas lágrimas caían de sus ojos. Solo una vez le había visto llorar: no puedo expresar á vd. el efecto que produjeron en mí sus lágrimas. «Papá, exclamé, no las

venda vd... No tengo hambre ahora, y creo que podre dormir.»

«Salió sin decir una sola palabra y creimos que iba á vender sus pistolas; pero tardó mucho tiempo en volver. El reloj de la Giralda tocaba sucesivamente las horas de la noche y mi padre no venia. Mamá me decía, «duerme, mi pobre Mary: tu padre no ha encontrado tiendas abiertas y no quiere ser testigo de tus sufrimientos. Duermes, hija mia; mañana temprano te traerá de almorzar.» Pero de todos modos, yo estaba sobresaltada; también lo estaba mi madre á pesar de cuanto decía, y conocí que queria disimular: la sentia estremecerse al menor ruido; oia su respiracion entrecortada, y sus tormentos aumentaban los míos.

«Así se pasó la noche; noche larga y fria; por la mañana entró mi padre y arrojó á nuestros pies una hogaza de pan: «Ya teneis viveres,» dijo, y sin tocarlos se sentó en un rincon.

«Su voz me causaba miedo y no me determinaba á comer. Mi mamá se levantó lentamente, se acercó á él, quiso abrazarle; pero mi padre la rechazó con aire feroz, y el movimiento que hizo con los brazos, abrió su levita y dejó ver las culatas de sus pistolas que brillaban en su pecho. Mi madre volvió á mi lado llorando amargamente.

«Por espacio de ocho dias vivimos así. Mi padre salia todas las noches con sus pistolas, y por la mañana nos traia provisiones; pero se obstinaba en guardar silencio, y no queria ni aun sufrir nuestras caricias. «No soy digno de vosotros,» decía encolerizado.

«Al noveno dia entró agitado á eso de las doce de la noche.

—«Venid, dijo, es menester partir.

—«Partir, Dios mio! ¿Y por qué?

—«No hay que preguntar, salgamos volando.

«Me cogió del brazo y casi me arrastró: no teniamos nada que llevar con nosotros, partimos en seguida.

«Hacia frio y la luna se ocultaba con frecuencia detrás de las nubes. Salimos por la puerta de Jerez, y ya nos encontrábamos cerca del cementerio llamado de San Sebastian, cuando oimos voces de hombres y pisadas de caballos; volvimos la cara y vimos relucir armas; entonces mi padre nos dijo con voz varonil. «Giremos á la izquierda.» Obedecimos, pero apenas habiamos podido ocultarnos arrimándonos á los fosos de la fábrica de tabacos, cuando nos hallamos frente á frente de unos cuantos soldados de caballeria.

«A este mismo tiempo oí una detonacion y vi á mi padre caer á mi lado... ¡Se habia levantado el cráneo con una de sus pistolas! Nos hincamos de rodillas al lado del cadáver, y despues de haber llorado mucho, comprendimos el heroismo de su doble crimen.

«La policia recogió el cadáver y nosotras le seguimos llorando; nos llevaron delante del gefe político que felizmente tuvo lástima de nosotras, y gracias á su compasion, despues que consagramos los últimos deberes á mi desgraciado padre, pudimos venir á la corte. Mi madre creyó encontrar los medios de volver á nuestro país; mas esta última esperanza también nos salió fallida.

«Con tan repetidos golpes, mi madre volvió á caer enferma, y entonces me decidí á implorar la caridad de los grandes señores. En mas de una ocasion me ha faltado el valor y he vuelto á desandar lo andado; pero mi madre sufría, sin lumbre, sin pan!.. En fin, yo he recurrido á vd. y gracias á su generosidad, mi peticion ha tenido éxito si he de juzgar por lo que me ofrece.»

—«Esa es su historia de vd.?

—«Sí señor.

—«¿Y vd. no ha encontrado otros recursos? ¿No le ha hecho á vd. ofertas de otra naturaleza?

—«No; respondió fijando en mí sus ojos llenos de candor.

—«Pues bien, lo que yo prometo á vd., no es un débil socorro; es mas que una gran fortuna todavía.

—«¡Cielos! ¿Qué me está vd. diciendo? ¿Vd. sabe por ventura...

—«Lo sé todo y conozco al que ha escrito estos versos.

—«¡Arturo!... ¡Dios mio! Y á su enfermiza palidez sucedió un carmin que hizo resaltar su grande belleza, en la que hasta entonces habia reparado muy poco.

—«Por caridad, prosiguió, no me deje vd. en esa incertidumbre... ¿Sabe vd. donde vive?

—«Sé donde vive; y prometo á vd. que será dichosa con él, y que vd. le devolverá la alegría y la salud, pues sufre tanto como vd. misma.

Cayó sobre el sillón y comenzó á sollozar; yo la miraba sin atreverme á interrumpir su llanto. De repente se levantó.

—«Y mi madre?... mi pobre madre á quien estamos olvidando? ¡oh! corro á darle parte de nuestra ventura!

—«Tiene vd. razon... Vamos, vamos pronto.

La ofreci mi brazo y salimos del ministerio como dos antiguos amigos.

La jóven me condujo á la plazuela de Santo Domingo, y habiéndome hecho subir á la bohordilla de una casa vieja, me rogó que la esperase un momento, á fin de prevenir á su madre. Cuando me mandó pasar me conmoví al ver aquella pobre muger sentada en un mal gergon en el rincon de la miserable estancia. Aunque su rostro revelaba sus muchos sufrimientos, todavia se podia juzgar de su extraordinaria belleza.

«Demostró, como su hija, la mayor satisfaccion cuando la hicimos saber el cambio de su fortuna; pero al añadir Mary: y lo mejor del asunto es, que este caballero sabe donde vive Arturo, se vió aparecer en su semblante un rayo de alegría, y exclamó con un acento que salia del alma. «Hija mia, mañana aunque muera, muero en paz.»

Referi la historia del jóven inglés; dije que estaba en Madrid, y prometí llevarle á su presencia lo mas pronto posible; las dos inglesas se postraron de rodillas y dieron gracias á Dios.

Fui á casa de mi amigo el doctor N. *** le hice partícipe de mi aventura, y marchamos juntos á ver á sir Arturo. A pesar de nuestro buen tacto al darle aquella nueva, creimos que se volvía loco de alegría; cuando llegamos á la casa de su prima, ya no tenia Arturo ni fuerzas para subir la escalera, y nos vimos obligados á sostenerle; pero cuando vió la miserable bohordilla que habitaban sus parientas, se volvió á nosotros con una expresion de dolor y de compasion que es imposible describir.

Abri la puerta muy despacio: sir Arturo vió á Mary, y lanzando un profundo grito se precipitó en sus brazos; la escena que presencié quedará impresa en mi memoria mientras viva.

El doctor N. *** examinó atentamente á la enferma, y nos respondió de su curacion, con tal que pasase á vivir á Italia y que olvidara sus desgracias.

Un mes despues los vimos partir á todos; Arturo me escribe con frecuencia; se ha establecido cerca de Roma en una casa de campo que ha hecho amueblar con lujo y elegancia á estilo de Inglaterra. Por el último correo he recibido una carta suya en que me anuncia el completo restablecimiento de la enferma, y que Mary, hoy ya su esposa, ha dado á luz una hermosa niña. «Todas las noches, me dice, damos gracias á Dios por la felicidad que disfrutamos, haciendo uso del devocionario que conservamos con un respeto casi supersticioso y legaremos á nuestra hija como la alhaja mas estimable. Jamás en nuestras oraciones nos olvidamos de vd. ni del buen doctor; diariamente hablamos de ambos con el entusiasmo propio de amigos á quienes debemos la vida, y si recordamos lo pasado, es solo como un sueño que hace mucho mas agradable lo presente.»

LITERATURA ESTRANGERA.

LA LAMPARA DE LELIA.



El camino del Simplon, (1) bajando al lago Mayor por medio de sus magníficos puentes, atraviesa muchas veces el Coccia (rio que da su nombre al valle). Después de haber pasado uno de estos puentes llamado el *ponte Maggiore*, se descubre el valle de Anzasca que presta camino al monte Rosa. Esta hermosa montaña que parece tener de altura unos doscientos pies menos que el monte Blanco, da vista a una gran parte de la Lombardia; pero el valle es mas que nada el objeto de la curiosidad y la admiración del pueblo, porque encierra en su seno el mas poderoso de los talismanes.... encierra oro.

Plinio hace mencion de estas minas, que en otro tiempo han debido ser muy importantes, pues el senado prohibió que se empleasen en ellas mas de cinco mil esclavos, temiendo que los arrendatarios llegasen a enriquecerse demasiado. Mas tarde dedicaron a aquellos trabajos mil obreros, cuyo número en la actualidad se ha disminuido notablemente. Sin embargo, todos los habitantes del valle tienen hoy derecho a buscar allí oro, y algunos, llamados por este motivo *minerali* (mineros), no ejercen ninguna otra profesion.

Se nos ha referido que en las noches sombrías y tormentosas estos *minerali* observan varias lucecillas que aparecen sobre las colinas, y si á la mañana siguiente aciertan á encontrar el lugar preciso de la luminosa aparicion, tienen la seguridad de que serán recompensados sus afanes, encontrando el oro que con tanto anhelo buscan. Esto nos pareció bastante original para que dejase de llamarnos la atencion; pero tambien es cierto que en un principio sacamos muy poco fruto de las preguntas que hicimos con este motivo. Mas últimamente nos felicitamos con el encuentro de un italiano que se manifestó mas expansivo é inteligible, y nuestros lectores, si quieren, podrán como nosotros, atribuir el origen de los *fuegos de tormenta* de Anzasca á lo que vamos á contar.

«Yo mismo los he visto, nos dijo el italiano, y se di-

(1) Este camino es el famoso construido por Napoleon á principios del siglo presente, para dar comunicacion á Francia con Italia, y se considera una de las obras mas atrevidas del ingenio humano. Se tardó en abrirlo seis años, desde 1801 á 1807, empleándose diariamente tres mil hombres, y se calculan en 160,000 quintales de pólvora los que se consumieron en los barrenos de las rocas, y en 12 millones de francos (unos 48 millones de reales) lo que se gastó en todas las obras. El grabado que acompaña á este artículo, representa una de las principales galerías del Simplon, llamada de Gondó; tiene 635 pies de longitud y costó hacerla diez y ocho meses trabajando dia y noche.

ferencian enteramente de los que llamamos fuegos fatuos. En otro tiempo el camino del lago Mayor á los cantones de la Suiza pasaba por el valle de Anzasca, y una vez me vi obligado á detenerme en una cabaña situada en el fondo de los desfiladeros mas agrestes, á causa de una tormenta que erizaba nuestros cabellos. Todo el tiempo que permaneci sentado en un banco, y mientras que medio dormido observaba desde la ventana (pues no habia mas cama que la de mi patron y no quise privarle de ella,) percibi unas cuantas lucecillas muy pálidas allá en lo mas lejano de las rocas. Crei en un principio que eran luces que dejaban ver las ventanas de algunas cabañas; pero reflexionando en seguida que toda aquella parte de la montaña estaba inhabitada, me levanté de mi banco y pregunté á uno de los individuos de la casa lo que significaban aquellas luces. Mientras que hablaba, la luz desapareció de repente, mas un minuto despues, reapareció en otro sitio, como si el que la llevaba hubiese dado la vuelta á la roca. Durante todo este tiempo, la tormenta continuaba con tal furia que amenazaba arrancar de cimientos nuestra cabaña y lanzarla al otro lado de la colina; y la noche estaba tan oscura y tenebrosa, que el horizonte se confundia con el cielo.

—«Allí está otra vez, exclamé ¿qué significa esto, señor?

—«La lámpara de Lelia, respondió con presteza uno de los hijos de nuestro huésped; ¡padre, despierte vd! ¡Bautista, Vitorio! ¡Lelia está sobre las montañas!

«A estos gritos, la familia saltó de la cama, y asomándose todos á la ventana, fijaron sus ojos en las luces, que continuaron apareciendo una gran parte de la noche, aunque por largos intervalos. Los habitantes de la cabaña no tuvieron inconveniente en referirme cuanto sabian acerca de estas luces, con la espresa condicion de que debia callarme cuando apareciesen y que los dejase observar con atencion el sitio donde brillaban.

«Con objeto de hacer mi historia mas comprensible, es preciso que diga que los *minerali* y los arrendatarios ú hortelanos, forman dos clases distintas en el valle de Anzasca. La ocupacion de los primeros cuando la constituyen profesion, es considerada como vergonzosa por los demas habitantes que ganan su vida con otro género de industria menos ilusoria; y realmente las costumbres de los *minerali* no son á la verdad las menos reprensibles, porque se embriagan, riñen, unas veces están ricos, y otras se mueren de hambre. En fin, están sujetos á todas las calamidades morales y físicas que asedian á los hombres que no pueden contar con el producto de un trabajo permanentemente lucrativo, como los jugadores y los farsantes, por ejemplo.

«Sin embargo, es una bella raza de hombres, son valerosos, atrevidos, y por lo general muy hermosos: se desprenden sin aprension de lo que han ganado con facilidad, y si algun dia se esconden casi muertos de hambre, como animales salvajes, al siguiente, si la fortuna les ha sido propicia, se pasean alegres y gozosos, como verdaderos señores del valle. Lo mismo que los hijos de Dios, los mineros, en ciertas ocasiones declaran su amor á las hijas de los hombres, y aun cuando es muy raro que posean su mano, algunas veces con-

mueven el corazón de las lindas zagalas de Anasca: si sus suspiros son mal acogidos, encuentran fácilmente camaradas mas salvajes aun que ellos, cuyos brazos están siempre abiertos para los hombres valientes y desesperados. Cambian de oficio y se lanzan en los caminos, cuando las noches son sombrías, y los viajeros transitan con mas temor; ó bien se alistan en las banderas de estos *banditti* conocidos en toda la Italia, que roban por millares y cuyo botines es una provincia ó un reino.

«Francisco Martelli era el mas hermoso de los mineros del valle. Era salvaje, lo confieso, pero tambien el verdadero tipo de su raza, y podia perdonarse su rusticidad en cambio de otras buenas cualidades que poseia,

y aun los mismos arrendatarios, al menos aquellos que no tenian hijas que casar, se complacian con su sociedad. Francisco cantaba con tanta dulzura y melodía que las ancianas derramaban lagrimas cuando le escuchaban; tenia aquella voz tierna y deleitosa que se graba en la memoria desde la primera vez que se oye, y que oída de nuevo, y hasta de improviso, parece que se efectúa la realizacion de un deseo.

«En el valle, solamente Lelia no habia oido cantar á Francisco; las otras muchachas, ora escondidas, ora descubiertamente, ó bajo un pretexto cualquiera, habian satisfecho su curiosidad: Lelia era hija de uno de los mas ricos arrendatarios de Anasca.



GALERIA DE GONDÓ EN EL SIMPLON.

«Era muy joven, pues apenas contaba diez y seis años, pero su cualidad de hija única y su dote de mil libras de Austria, (1) llamaba la atención de los demas habitantes.

«Su cara era medianamente bella; pero aunque muy bien formada, su estatura tenia tan poca elevacion y sus maneras eran tan timidas, que todos la consideraban como á una niña. La heredera del viejo Niccoli, así la llamaban los padres cuando procuraban despertar la ambicion de sus hijos hacia su porvenir, para dar mas importancia á Lelia, á quien miraban como á un ser insignificante.

«Su madre habia fallecido en el momento de darla á luz, y por espacio de muchos años la vida de la niña

habia sido preservada, ó mejor dicho, se salvó por una especie de milagro. Aunque la enfermedad cedió á los cuidados incesantes de su padre, su estado, mas bien era la ausencia del mal que la salud perfecta; pero el recuerdo mas molesto de su enfermedad, fué una especie de timidez nerviosa, que en un pais mas civilizado, hubiera pasado por una delicadeza exquisita de sentimiento.

«Privada hasta cierto punto de la sociedad de las otras jóvenes por la particularidad de su situacion, se hallaba ademas alejada de ella por otra razon: su cuerpo era débil y lánguido, pero habia cultivado su entendimiento: la música, de la cual gustaba apasionadamente, la inició en la poesia, y á pesar de las doctrinas de cierta escuela, la poesia la alejaba del comercio de las gentes ignorantes y sin delicadeza.

«Si nunca Lelia procuró escuchar los cantos de Francisco, debemos suponer que fué por un instinto de

(1) Cada libra de Austria equivale en España á unos tres reales, poco mas ó menos.

terror mezclado con el disgusto que le inspiraba hasta el nombre de uno de estos malvados *minerali*; y escuchaba las aventuras del joven minero que llegaban á su oído, con aquel interés vago y lejano con que oímos la descripción de un animal de otro emisferio, del que se nos pintan las bellezas y las costumbres feroces y crueles.

«Pero llegó un día en el que la pobre Lelia escuchó. Estaba sola según su costumbre, sentada en un extremo del jardín de su padre, y al mismo tiempo que trabajaba, estaba cantando con aquel tono dulce y bajo conveniente á su voz: la cerca del jardín por esta parte la constituía una serie de arbustos que adornaba lo alto de una quebradura profunda; en el fondo de esta quebradura corría un riachuelo rápido y sombrío; y mas allá á unos quinientos pasos de distancia, terminaba el horizonte una línea de rocas picudas.

«Su voz, era no obstante suficientemente alta para oír los ecos de estas rocas, pero sin embargo, impulsada algunas veces por el entusiasmo, conseguía hacer repetir sus cantos por aquellos mágicos menestrales del valle. Este día oyó con sorpresa un efecto semejante: cantó otra estanza un poco mas alto; se aceptó el desafío, y una voz dulce y melodiosa prosiguió la continuación de su *canzonetta* favorita desde el punto donde Lelia la había dejado.

«El primer movimiento de la joven fué huir, el segundo permanecer sentada y escuchar de nuevo estos cantos; pero el tercero y al que obedeció, fué el de escurrirse muy despacio hasta la cerca del jardín y observar en el fondo del abismo de donde parecía partir aquella voz.

«Descubrió que el eco era un joven ocupado en conducir una armadía que venía del río, tal como lo hacen los habitantes de los Alpes para ir al mercado con sus provisiones; la armadía estaba entonces detenida en la ribera al pie del jardín. El joven estaba apoyado en una rama, como quien pretende lanzar su armadía al centro, pero fijaba en el cielo su mirada pareciendo espiar la aparición de un astro, y Lelia se persuadió, no sabemos por qué, de que el joven la había visto al través de los árboles mientras que cantaba, y que empleó este medio para atraer su atención sin asustarla.

«Tal parecía ser su proyecto y no otro, pues después de haber mirado un instante, volvió los ojos con ademán confuso, y lanzando la armadía, fué esta con rapidez llevada por la corriente, y bien pronto se perdió de vista.

«Los ojos de Lelia quedaron tan fijos, como las aguas de un lago á quien una ligera nube no oscurece, ó á quien el ala de un insecto no puede agitar. Este acontecimiento la hizo entrar en reflexión, y suministró á sus diez y seis años gratos ensueños. Sentía enrojecerse sus mejillas, cuando pensaba con emoción, en el tiempo que aquel joven la había estado observando por entre los árboles, y que había partido sin dirigirla la palabra después de haber logrado su intento. Había cierto género de *delicadeza* en este ardid, que tal vez tendría por objeto evitar la sorpresa y el terror que debía inspirarle la aparición de un hombre extraño en semejante ocasión, y se percibió cierta *modestia* en la confusión con que el joven había vuelto la cabeza.

«Trascurrió una semana sin que Lelia volviese á ver á este Apolo de su juvenil imaginación; parecía que durante este intervalo se habían ya conocido: la segunda vez que se vieron se saludaron y al fin hablaron, sin que en su conversación hubiese ningún misterio; y Lelia imaginó que regularmente este joven sería hijo de algún arrendatario del valle, que había sido atraído como otros tantos por la fama de la heredera del viejo Niccoli. El joven no conocía ningún libro, y sin embargo era apasionado por la poesía, mas bien por la música,

que por la poesía misma; ¿pero qué importa esto? por todas partes veían y admiraban las obras del Criador, y si sus entendimientos no las concebían, quedaban no obstante grabadas en su corazón. Era el joven fuerte y atrevido, y esto es precisamente lo que se presenta como bello á los ojos de una mujer débil y tímida. Corría al lado de los precipicios y se lanzaba de roca en roca y en el torrente con admirable seguridad: era hermoso, valiente y orgulloso, y este joven lleno de brio, de ojos brillantes y de sonrosada megilla se prosternaba á sus *pies*, y adoraba sus ojos, como los poetas adoran la palidez de Febo.

«El mundo hasta entonces tan monótono, tan vacío, tan enojoso para Lelia, comenzó á parecerle un paraíso, y solo una cosa le atormentaba; según su cálculo de diez y seis años, hacia ya mucho tiempo que se conocían, se habían declarado mutuamente su inclinación, se habían jurado amor, y sin embargo su amante nunca le dijo su nombre. Cuando Lelia reflexionaba en esto, condenaba su precipitación; mas ya era tarde, y se resolvió á arrancar á su amante este secreto, (sentado que lo fuera) en la primera entrevista.

«Mi nombre, contestó á esta pregunta tan pronta como franca, muy pronto lo sabrás.

«No quiero que me lo ocultes: es menester decirme lo al instante, ó á mas tardar mañana á la noche.

«¿Por qué quieres que sea mañana á la noche?

«Porque mañana pedirá mi mano un joven bello y rico á quien mi padre quiere mucho; cueste lo que cueste me es imposible destruir los planes del único pariente que me queda en la tierra sin darle una razón conveniente. ¡Ah! tú no lo conoces; la fortuna no es nada para él, comparada con la felicidad de su hija. Tú eres pobre, pero honrado, y por consiguiente no le parecerás indigno de la mano de Lelia.

«La noche estaba bastante oscura, pero Lelia creyó percibir en su amante una sonrisa mientras que ella hablaba, y se apoderó de su espíritu una sospecha de felicidad que hacia latir su corazón.

«Permaneció algunos instantes sin responder; se manifestaba agitado por una lucha interior, mas al fin, respondió con voz alterada:

«Hasta mañana á la noche.

«¿Aquí?

«No; en casa de tu padre; en presencia de mi rival.

«El día siguiente llegó, y con las formalidades ceremoniosas usadas en el valle en semejantes circunstancias, el amante de quien había hablado Lelia se presentó para pedirle el permiso de hacerle la corte, ó mas bien, (pues no se hace perder el tiempo á las jóvenes de Anzascá,) para pedir su mano.

«Era este, á la verdad, un partido que el viejo Niccoli miraba como muy ventajoso, y el mejor que se pudo encontrar desde el valle de Ossola hasta el Monte-Rosa. El joven era rico y prudente en demasía... ¿qué mas podía desear un padre?

«Lelia retardó, tanto como le fué posible, el momento de llegar á la puerta de la casa, donde la esperaban los ancianos de ambas familias. Mientras que se vestía con distracción, miraba incesantemente á través de la celosía, desde donde divisaba el camino real, y á las dos familias que esperaban abajo; y su espera iba convirtiéndose en una verdadera agonía. ¿Qué amargas eran sus reflexiones durante este intervalo! Casi creía que cuanto le estaba pasando era un sueño, una ficción desu fatigada imaginación por la poesía y la soledad, y acaso también por los sufrimientos. ¿Había sido el juguete de un impostor? La sonrisa que observó en el rostro de su amante, zera el signo precursor de una burla, tal vez cruel en el momento en que ella tuvo la debilidad de escucharle complacida? Su conducta se presentaba en-

tonces bajo la apariencia de la ingratitude. En fin, para obedecer las órdenes de su padre, se dirigió á buscarlo temblorosa y con las mejillas encendidas, como si tuviese fiebre.

«La vista de las personas que la esperaban, la llenó de terror y abatimiento: se colocó detrás de su padre con timidez, en tanto que los ojos de mármol de los circunstantes clavados en ella con la rigidez ceremoniosa de una costumbre antigua, le helaba el corazón. Sin embargo había allí alguno á quien las ideas de *convencencia*, tan estrictas como eran, no pudieron hacer que sus ojos brillasen de contento, y sus brazos se extendiesen hacia ella? su padre, que después de haber mirado algunos instantes y con éxtasis á su querida hija, adornada con su vestido blanco, la estrechó contra su corazón y la bendijo gozoso.

—«Hija mía, dijo con una sonrisa acompañada de algunas lágrimas, es muy duro para un anciano separarse de lo que mas ama en la tierra; pero las leyes de la naturaleza deben ser respetadas. Los jóvenes amarán hasta el fin de los siglos, y de su unión resultarán nuevas familias; esta es la marcha común del mundo; es la suerte y el destino de las mugeres. Por espacio de diez y seis años te he vigilado como el avaro vigila su oro, y ahora te abandono, sí, te abandono, tesoro de mi vida. Todo cuanto te pido es que me obedezcas en este momento, y con alegría, según la costumbre de nuestros antepasados y las leyes del Señor. Después de esto, deja al anciano entregado á su destino, y que el cielo haga de él cuanto quiera: ha hecho á su hija dichosa, y los hijos de sus hijos bendecirán su memoria. Ha bebido la copa de la vida dulce y amarga, amarga y dulce; la apuró hasta el fondo, pero encontró miel, gracias á su hija querida, ¡encuentro miel hasta en la última gota!

«Lelia, se arrojó al cuello de su padre sollozando, y lloró tanto tiempo y tan desconsoladamente, que los parientes que lo presenciaron olvidando su etiqueta formal, se aproximaron á la futura con ansiedad: cuando por último levantó la cabeza, vieron que sus mejillas no estaban húmedas, sino pálidas y blancas como el mármol de Cordagias.

«Un murmullo de compasión se oyó entre los concurrentes, y se decían en voz baja los unos á los otros: «¡Pobre muchacha! ¡está tan delicada todavía! ¡vuelve á sus antiguos accesos!» El padre estaba alarmado y se apresuró á abreviar una ceremonia que parecía tan sensible á la timidez nerviosa de su hija.

—«Basta, dijo; todo se acabará en un instante. Lelia, ¿aceptas á este joven por marido? Veamos, hija mía, una sola palabra y todo está concluido.

«Lelia se esforzó en vano para responder, y solo bajó la cabeza en señal de asentimiento.

—«Señores, dijo Niccoli, mi hija acepta; basta; saluda á tu futura, hijo mío, y en seguida entremos y bebamos en la copa de la alianza.

—«La joven no ha respondido, observó un anciano, pariente del novio.

—«Habla, pues, hija mía, dijo entonces Niccoli echando una mirada ceñuda y desdeñosa sobre el que le había interrumpido: habla aun cuando no sea mas que una palabra: habla.

«Los labios secos y descoloridos de Lelia se entreabrieron para obedecer, cuando un hombre, entró bruscamente y se colocó en medio de la asamblea.

—«No hables, exclamó, yo te lo prohibo.

«Lelia se lanzó hacia él con un grito ahogado, y probablemente le hubiera abrazado, si su padre de pronto no la detuviera.

—«¿Qué es esto? preguntó con aspecto sombrío y alarmado: ¡malvado, borracho, loco, ¿qué buscas aquí?

—«Vd. no puede provocarme, Niccoli, dijo el apacado; vengo á pedir á su hija de vd. para esposa.

—«¡Tú! exclamó el padre furioso.

—«¡Vd! repitieron los parientes con tono de admiración, de desprecio, de rabia ó ridículo, según el carácter de cada uno.

—«No pasemos mas lejos, interrumpió el mismo anciano que poco antes había hablado: bodas que dan principio con una riña, no concluirán jamás en casamiento; pedir á una joven en legítimo matrimonio, no es ni un crimen ni vergüenza: que ella misma responda al joven, y entonces se irá en paz.

—«Muy bien dicho, exclamó el mas circunspecto de los ancianos. Responda vd., hija mía, responda vd. y que este hombre se vaya.

«Lelia se enrojeció y palideció á un mismo tiempo: dió un paso hacia delante, vaciló, miró timidamente á su padre, y en fin, quedó fija como una estatua, apretando sus manos juntas contra su seno, como para calmar las palpitaciones de su corazón.

—«Hija mía, dijo el viejo Niccoli con un tono de cólera difícilmente reprimida y asiendo la por el brazo: ¿conoces á este hombre? ¿le has visto antes de ahora? Responde, ¿sabes su nombre?

—«No.

—«¿No? ¡insolente! ¡malvado! Vé, hija mía, á presentar la megilla á tu futuro esposo, puesto que debemos seguir la costumbre de nuestros antepasados, y déjame echar de mi casa á este vagabundo.

«Lelia se adelantó maquinalmente; pero cuando el legítimo futuro abrió los brazos y se dirigía á abrazarla, Lelia le rechazó dando un grito repentino, encaminándose vacilante hacia el otro.

—«¡Deténgase vd., exclamaron los parientes; vd. está loca, no sabe lo que se hace; este es Francisco el minero.

«Ya se hallaba cerca del minero que no se movía de su sitio, y cuando sonó en sus oídos este nombre fatal, cayó desmayada en sus brazos.

«No puede espresarse la confusión que se siguió: llevaron á Lelia casi sin vida dentro de la casa; los parientes unieron sus esfuerzos para detener al padre que pretendía lanzar fuera al minero; Francisco quedó algún tiempo con los brazos cruzados, en medio de un silencio, triste y pesoso, pero cuando cesaron las maldiciones é injurias de Niccoli, se adelantó atrevidamente á él.

—«Puedo tolerar de vd. todas estas injurias, le dijo, bien sabe vd. que si las merezco no son en tanto grado; soy digno de reconvención, mas por la desgracia de mi posición que por mi conducta. Si por castigar insolentes y devolver desprecio por desprecio el hombre es un malvado, yo soy uno de ellos; pero á ningún hombre debe llamarse vagabundo cuando reside en la habitación de sus antepasados y cuando sigue su profesión; mas esto me importa poco, lo miro solo como *palabras*. La única objeción de vd. contra mí, se reduce únicamente á que soy *pobre*; si yo quisiese tomar á su hija de vd. sin dote, pudiera verificarlo á pesar de todos vds.; pero sería capaz de darme la muerte primero que exponer á un ser tan gracioso y tan frágil á las privaciones y á las vicisitudes de una vida como la mía. Por esta razón no pido solo á su hija de vd., sino su dote tambien por pequeño que sea; igualmente tiene vd. el derecho de exigir que yo no me presente con las manos vacías. Lelia es joven y no urge su casamiento, concédame vd. un año, solamente un año, y si en este término prefijado no pongo en su mano de vd. una suma que pueda hacer feliz á Lelia, me obligo á renunciar á la generosa preferencia que su hija de vd. ha hecho de mi persona.

—«Perfectamente arreglado, dijo el anciano que antes había hablado: de todos modos se hubiera trascurrido un año entre las actuales disidencias y el casamiento; si el joven, de hoy en un año, antes que suenen las

doce de la noche, pone aquí sobre la mesa en dinero contante ó en mina de oro, la misma cantidad que me encontraba dispuesto á dar por parte de mi nieto, respondiendo en nombre de todos que no habrá ninguna oposición al deseo de los jóvenes. La suma en cuestión son tres mil libras.

«A este tiempo se oyeron risotadas de desprecio y burla entre los parientes.

—«Si, si, dijeron, es muy justo que el minero traiga tres mil libras y se case inmediatamente con Lelia. Amigo Niccoli, es una proposición que debe vd. aceptar; séanos lícito interceder en favor de Francisco, y de pedir el consentimiento de vd.

—«Señores, dijo Francisco con cierto embarazo acompañado de cólera, la suma de tres mil libras.....

«Y fué nuevamente interrumpido por estrepitosas carcajadas.

—«Es una excelente proposición, repitieron los parientes; consienta vd. en ello, amigo Niccoli.

—«Consiento en ello, repuso Niccoli con desden.

—«Concedido, dijo Francisco con orgullo é indignación, y se ausentó.

«Desde este día se notó un visible cambio en el carácter y costumbres del minero; no solamente abandonó la sociedad de sus compañeros depravados, sino también la de las personas respetables que le habían abierto sus casas, bien á causa de su talento para el canto, bien á causa de su conducta mejor que la de los otros mineros. Todos los días se entregaba asiduamente á su precaria tarea; ni la tormenta le obligaba á buscar un abrigo, ni la lluvia le confinaba en su cabaña: siempre se le encontraba, tanto de día como de noche, en los campos, en las montañas y al borde de los torrentes.

«Pocas, muy pocas veces se permitía la dicha de ver á su amada, para con mas ardor dedicarse á todas estas fatigas. El oro, el oro era su único pensamiento durante el día, su único sueño durante la noche. Cuando los jóvenes amantes se veían de noche en la soledad y el misterio, no era mas que para dirigirse algunas palabras de esperanza, de consuelo y de falsa confianza. Lelia no podía en estas entrevistas espresarse mas que con llantos y suspiros; pero el minero al contrario, parecia lleno de entusiasmo y de una firme esperanza.

«Sin embargo, pasaban días y semanas, la luna renovaba su curso, el fin del año se aproximaba, y una gran parte de aquella suma estaba todavía en el seno de las montañas; las esperanzas del minero disminuían diariamente, y no podía ya espresar su consuelo que habia desaparecido hasta de sus sueños. Triste y abatido, solamente estrechaba á Lelia contra su seno cuando esta le dirigía una pregunta acerca de sus trabajos; despues huía á toda prisa para tornar á emprender maquinalmente una tarea sin fruto.

«Es un estudio extraño, y á veces sublime, el de los misterios que encierra la imaginación de una mujer; la salud de Lelia se habia afectado profundamente desde los acontecimientos que hemos referido. Sus mejillas palidecieron y sus miembros se debilitaron por espacio de muchos meses, y ahora debemos añadir el efecto que le harían estas entrevistas mudas, pero elocuentes, de su amante; mientras este mas se apesadumbraba, mas desesperados parecían sus esfuerzos, al paso que Lelia demostraba mas valor, como queriendo domar la suerte contraria de su amante. Sus esperanzas crecían en proporción del desaliento de Francisco, y la fuerza que abandonaba á este hombre en otro tiempo tan valeroso, parecia que se trasladaba á Lelia; hasta sus facultades físicas participaron de la energía de su imaginación; sus nervios volvieron á recobrar su primitivo vigor, sus mejillas se sonrosaron y el fuego de sus ojos era mas vivo.

«La imaginación fria y perezosa del hombre no po-

see la mitad de los recursos que la mujer en estas circunstancias: perdiendo todo género de esperanza en la fortuna y la casualidad, se dirigió á los altares y á los santos mártires mas venerados del país: hizo promesas y peregrinages; consultó hasta con sus sueños, y buscó recursos en el poema del Dante, y aun interpretó á su modo el lenguaje místico de las estrellas, de esa poesia de los cielos.

«El año tocaba á su fin, y la suma que el minero habia reunido, por numerosa que fuese, estaba sin embargo muy lejos de ser suficiente. El último día llegó acompañado de una espantosa tormenta, y le sorprendió fria y oscura en lo mas afanoso de su trabajo. Se hallaba Francisco en el lado de la montaña que daba frente á la casa de Niccoli, y cuando se habia extinguido casi de un todo la luz del día, vió con un dolor inesplicable las numerosas luces que en casa de Lelia reflejaban por las ventanas, lo cual indicaba que no se habian olvidado de la fiesta. Un poco de oro que halló, le empuñó en continuar, semejante á un hombre que ahogándose se afianza aunque sea á una astilla. Estaba cavando en un sitio, indicado por un sueño de Lelia, quien al mismo tiempo le habia suplicado, que no cesara en su explotación hasta el momento en que el sonido lejano del reloj de la iglesia llegase á destruir para siempre sus esperanzas.

«La fortuna, no obstante le sonreía, pues habia descubierto una vena de oro, perpendicular y era muy posible que esta vena, aun cuando insignificante, pudiese conducirle á otra horizontal que formaría alguno de los *grappi* ó conjuntos en que el oro es abundante y fácil de extraer.

«El trabajo era penoso é imposible de continuarse por mucho tiempo; sus fuerzas casi se habian agotado; la lluvia tormentosa batía con violencia su rostro, y la oscuridad se aumentaba por instantes. Sintió que su corazón se debilitaba, temblaban sus miembros, un sudor frio inundaba su frente, y cuando los últimos rayos del día abandonaron los flancos de la montaña, cayó sin conocimiento.

«No se sabe el tiempo que permanecería en este estado, del cual le sacó un sonido semejante al de una voz humana: la tormenta era cada vez mas furiosa, y la oscuridad llegó á ser completa; pero volviendo la cabeza divisó una luz á corta distancia, y sintió nuevamente latir su corazón. La luz se aproximó y percibió una forma humana enteramente vestida de blanco.

—«¡Lelia! exclamó con una sorpresa acompañada de terror, cuando reconoció las facciones de su joven adorada.

—«No pierdas el tiempo con inútiles palabras, dijo Lelia, todavía puedes hacer mucho, y tengo la mas completa seguridad de que ahora no me engaño; levántate y ten valor. ¡Trabaja! aquí tienes luz; yo quedaré al pie de esta roca y te ayudaré con mis ruegos, puesto que mis fuerzas no me permiten otro género de trabajo.

«Francisco volvió á coger sus herramientas é inflamado por la vergüenza y por su admiración respecto á la grande confianza de aquella joven valerosa, tornó á emprender su trabajo con nuevo vigor.

—«Animo, exclamó Lelia, no desconfíes de nuestra ventura; es indudable que los santos del cielo nos favorecen.

«Sola una vez se la oyó una especie de queja.

—«¿Qué frio hace! dijo Lelia, apresúrate, amigo mio, pues yo no puedo volver á mi casa sin luz.

«Y de vez en cuando repetía: «apresúrate.» El corazón de Francisco se estremecía al pensar en los sufrimientos de aquella joven tan delicada, experimentando los efectos de una noche tan tempestuosa. Hallábase á corta distancia del sitio donde Lelia se habia sentado y se disponía á rogarla que acercase mas la luz, cuando ella le dijo:

—«Trabaja, trabaja! ¡La hora se aproxima.... Me esperan, me esperan! no puedo permanecer aquí por mas tiempo.... A Dios.

«Francisco miró pero no vió ya la luz.

«¿Qué ausencia tan estraña! ¿Por qué partió sola sabiendo que si quedaba en la oscuridad no podría ya trabajar? ¿Había cambiado el corazón de Lelia en el momento de perder la esperanza? ¿Qué pensamiento tan vergonzoso y amargo! Sin embargo, Lelia detuvo el primer movimiento de Francisco que fué el de precipitarse hácia su querida. No había andado muchos pasos cuando un temblor repentino lo detuvo, su corazón dejó de latir, se desmayó, y hubiera caído en tierra si no encontrara una roca sobre la cual se sostuvo. Cuando volvió en sí, procuró buscar á despecho de la oscuridad; no podía llegar hasta el sitio donde Lelia se había sentado, pero estaba seguro de reconocer las cercanías, y si aun permanecía allí su amada, el vestido blanco debía servirle para reconocerla.

«Hasta para los pies ejercitados de Francisco, el camino, sin la mas débil luz que le guiase, era muy peligroso, y tal vez á la ocupacion de espíritu que reclamaba la atencion que puso en dirigirse, debió la firmeza y dignidad con que se presentó en casa del padre de Lelia.

—«Niccoli, dijo al entrar, he venido á dar á vd. gracias por la prueba leal que me ha ofrecido. Yo soy el que he faltado á ella y al término de nuestros empeños; abandono mis pretensiones á la mano de su hija de vd.

«Disponiase á salir con la misma presteza que había entrado, cuando el viejo Niccoli le cogió por el brazo.

—«Aguarda, dijo con voz temblona Niccoli, despidete de nosotros, al menos sin cólera. Perdóname las palabras injuriosas de nuestra última entrevista. Te he observado, Francisco desde aquel dia, y he admirado tu constancia.

«Y no pudo contener una lágrima al observar la ropa empapada por la lluvia y llena de lodo, los ojos estraviados y el rostro pálido del jóven minero.

—«No importa, mi palabra está empeñada, prosiguió; á Dios; ahora llamad á mi hija. Quiera el cielo que los acontecimientos de esta noche no traigan alguna desgracia.

«Francisco se retiró con lentitud, y hubiera deseado

ver solamente el borde del vestido de Lelia antes de partir.

—«No está en su cuarto, exclamaron desde el interior.

«El corazón de Francisco se desgarró. Toda la casa estaba en movimiento, no se veía mas que gentes corriendo de un lado á otro, ni se oían sino las voces agitadas que llamaban á Lelia. Al instante el anciano se precipitó fuera del aposento, y poniendo sus manos sobre los hombros de Francisco le miraba con el aspecto de un delirante.

—«¿Sabes algo acerca de mi hija? Habla, yo te lo ruego en nombre de nuestro divino Salvador. Dime que te has casado con ella y te lo perdonaré, te bendeciré... Habla, ¿qué significa tu silencio? habla una sola palabra ¿dónde está mi hija? ¿dónde está mi Lelia, mi vida, mi luz, mi esperanza, mi hija, mi hija!

«El minero parecia como que despertaba de un sueño; miró en su derredor como no comprendiendo lo que pasaba, y un estremecimiento mortal heló todo su cuerpo.

—«¡Luces, dijo, antorchas! Seguidme todos.

«Y se lanzó fuera. Acto continuo fué seguido de mas de una docena de personas con antorchas encendidas que brillaban en medio de la tormenta como meteoros. En cuanto á Francisco, parecia que apenas se hallaba en estado de poder mover sus piernas, y andaba cayendo de un lado á otro como un hombre embriagado.

«Al fin encontraron el lugar que buscaban, y á la luz de las antorchas se distinguió cierta cosa blanca al pie de una roca: era Lelia. Tenía la espalda apoyada contra la piedra, una de las manos sobre su corazón, y con la otra tenía la lámpara cuya llama había espirado.

«Francisco se hincó de rodillas á un lado y el anciano á otro; las antorchas esparcían una luz tan clara como la del dia. ¡Lelia estaba fria! ¡Fria como la piedra!

«El pobre anciano abandonado, quiso despues buscar el objeto del tierno amor de su hija, pero nadie ha vuelto á ver á Francisco desde esta noche fatal.

«Algunas veces se oyen en la montaña sonidos lastimeros: los habitantes dicen que es el minero que busca á su querida en las rocas, y todas las noches tormentosas y sombrías, se vé la lámpara de Lelia alumbrando al fantasma de su futuro que busca oro.»

TRADUCIDO DEL ALEMAN.

ESTUDIOS DE VIAGES.

MONSANT.

I.

El tiempo y los hombres estamos pasando un periodo de crisis. Mientras que el progreso liberal y el socialismo de Lamennais adelanta en el Mediodia de la Europa por medio de las guerras civiles, los inviernos nos parecen mas crudos, y las estaciones se hacen mas desiguales: con la gigantesca industria que crea sus máquinas de vapor en todas las combinaciones del mecanismo, van desapareciendo los bosques, y las minas de carbon metálico se van agotando. Todavía no entran en el cálculo político esas prodigalidades del dia, y esa indiferencia culpable para con los siglos futuros, que son tanto mas criminales, cuanto hace mas de cien años predijo Colbert la ruina de Francia por esta causa, y es de creer verán las naciones cultas cumplirse la

profecía de aquel grande hombre á medida que se multipliquen los caminos de hierro.

La desamortizacion de los inmensos bienes del clero ha contribuido poderosamente en España, á esa devastacion febril en que se han empleado los capitales, convirtiendo los grandes bosques en viñedos y praderas, haciendo acopios de maderas y abaratando la leña por uno ó dos años; utilidad momentánea y parcial que redundará en perjuicio y despues en esterminio de una fuente de riqueza general.

Durante los diez últimos años, hemos visto destruir el magnífico arbolado de Monsant en Cataluña, y no dudamos habrá sido lo mismo en otros puntos de la Península. La sierra desnuda en toda su superficie, inspira tristeza al país que ya empieza á sentir los funestos efectos de la tala mencionada, y el combustible vegetal será reemplazado pronto por el mineral que habrá de ser trasportado de muy lejos.

Es preciso ver las rocas de Monsant para formarse una idea del grandioso y sorprendente punto de pers-

pectiva que ofrece al curioso, cuyas miradas pueden divagar desde las cumbres del Pirineo á las playas de Mallorca y hasta los puertos del Maestrazgo. Enormes peñascos de forma caprichosa, valles profundos, grietas y abismos en el corazon del monte, varias ermitas en su recinto y vertientes, las ruinas de la Cartuja de Scala-Dei, de que nos ocuparemos en un artículo especial, al Mediodía de su falda, dan á la sierra cierta semejanza con los desiertos de la Tebaida. Empero ya no existen las encinas gigantescas, los colosales pinos, uno de los cuales llamado el abad, tenía cerca de cuarenta palmos de corona en 1837, época en que fué cortado, y los impenetrables matorrales de madroños y bojés; el fuego y el hierro han devastado por espacio de muchas leguas

las lomas; los ciervos y los corzos, antes numerosos en la comarca, han abandonado el asilo que ha destruido la mano del hombre, ha disminuido la raza que se encuentra refugiada en los desiertos del Cardo, cerca de Tortosa. Monsant es una continuation de las cordilleras meridionales del Pirineo, una mole calcárea que las revoluciones físicas han sobrepuesto, cortado y redondeado en el pais. Parece una águila tendida cuyas alas estuviesen recogidas por un lado, y cuyas plumas figurasen los cerros, entre los cuales hay un sin número de pequeños valles muy sombríos, algunos llenos todavía de maleza.

Enumerar una por una las maravillas naturales del monte, fuera harto prolijo, pues si el reino mineral con-



ERMITA DE SAN JUAN DE CODOLÁ.

tiene canteras de rico jaspe y de granito, el anima cria con mano pródiga vivoras de magnitud extraordinaria, y el vegetal mas de mil especies de arbustos, plantas ó yerbas de mucha estima.

Una de las curiosidades de Monsant, y al mismo tiempo objeto de cierta supersticion en el pais, es una cueva que llaman Santa, grieta húmeda situada en la falda del monte, y al pie del pico mas culminante, á cuatro mil pies sobre el nivel del mar, cuyas sinuosidades están llenas de estalactitas hermosas, de peñascos de figura fantástica y de relieves en todas direcciones que el agua ha formado con el tiempo. En 1815 reparamos estaba casi enjuta la cueva: era el 25 de setiembre.

Tiene mas de dos mil pies de tránsito, y á veces cuarenta de altura, y creemos han sido interceptados

algunos agujeros que daban entrada á otras subdivisiones de la caverna. El piso es de piedra, y en los fondos de greda muy fina. Las cristalizaciones mas primorosas han sido arrancadas para servir de ornamento de museos, y apenas hay un palmo que no se resienta del pico de los curiosos. Todavía recordamos que siendo niños nos llevó la calaverada de penetrar sin luz en la cueva, y al pisar entre tinieblas su suelo inundado de agua, se le antojó á mi compañero divisar á un gigante con un solo ojo en la frente como el de Sinbad, y al dar el grito de alarma, huimos no sin tropezar dando sendos porrazos por ser la entrada estrecha y de pendiente resbaladiza. Tampoco hemos olvidado la romería que hicimos en aquella sierra en 1842, en compañía de varias señoras que tuvieron la amable condescendencia

de entrar en la cueva Santa, caso raro entre ellas; pero con el firme propósito de no volver á verla ni de lejos; voto cuyo cumplimiento ha sido bien triste para una de aquellas.

Otra de las maravillas es una Peña ó morro del ramal que mira hácia el Mediodía, llamada *la Martorella*, situada encima de la pequeña poblacion nueva de Scaladei y no por tener particularidad alguna en su exterior sino por ser el punto de apoyo á los vapores del Ebro y ser en ella donde empiezan á menudo las tempestades de la comarca por una nube blanca y diminuta cuyas siniestras intenciones conocen desde luego los campesinos. Una sola vez hemos sido testigos de aquel extraordinario fenómeno que creíamos era en 1826. Es en efecto, un espectáculo magnífico ver formarse uno á sus pies un átomo de vapores que en menos de dos horas ha de inundar las llanuras y amedrentar con el rayo. Desde lo alto se ve el firmamento azul, sin mancha, iluminado por el grande astro; y en lo bajo cae la lluvia sin interrupcion sobre hojas y flores, los barrancos se convierten en rios caudalosos, los pantanos parecen lagos; fuertes nogales y viejas encinas arrancadas por el huracan son arrastradas por la corriente; las ramas dobladas que prueban de levantarse, vuelven á caer bajo el peso de las gotas; aquella naturaleza en lágrimas con los mugidos del temporal es el grande luto que entristece, porque ese desequilibrio de estaciones y las frecuentes tormentas que de pocos años á esta parte se van sucediendo tienen consternado al pais, pues destruyen los plantíos y sembrados, hunde las casas y se llevan la tierra vegetal.

En una cueva próxima á Margalef fluye un betun untuoso, negruzco, de olor fuerte, que creemos es el verdadero petróleo ó aceite de roca. La cordillera en su material se compone de una capa de roca calcárea, cuyo corte aparece indudable en el extremo contiguo á la sierra de la Elena, separada por el rio de Uldemolins de Monsant; en efecto, los mismos relieves, su espesor, las fajas y color son idénticos en ambos lados, y es una prueba clara de que el fondo de aquella ultima poblacion fué un estanque cuyo desagüe se verificó con la ruptura de la estrecha garganta de la roca que hoy día nos lo indica. Debajo las masas calcáreas siguen varias capas desiguales de tierra carbonada, en la cual se encuentran las canteras que hemos referido y una de ellas de precioso jaspe, está cerca de la ermita de San Juan del Codolá, llamada así por las grandes peñas, en catalan *codols*, que desprendidas de lo alto del monte rodean el santuario tan celebrado en esta comarca. La línea de division entre las capas primitivas y el monte, desde Norte á Mediodía la forma el rio Ciurana, y en apoyo de nuestra opinion es la observacion que hemos hecho de que del lado de Monsant nunca se han encontrado hinojos marinos como en las cordilleras fronterizas, lo cual corrobora lo de la traslacion diluvial de la mole á aquel sitio.

Pero en reemplazo del hinojo ¡cuánta riqueza no ofrece el reino vegetal! En el extremo oriental, talado enteramente, se encuentran algunos arbustos y varias plantas de buen aroma; pero la parte mas pintoresca es la que mira entre Norte y Poniente. Todavía se conservan allí pinos y encinas; los matorrales estan formados de espinos, sabinas y enebros; entre su espesura se encuentra la ruda, la dulcamara con su flor violada; la ciuta con manchas negras en el tallo y el acónito de flor azul. La ciuta cuando es tierna, si se frota con las manos, despiden un olor parecido al de la orina del gato. Vecina de la ciuta está la fresera de flor blanca, la rubia, la manzanilla hedionda y el milen rama de olor desagradable. También son abundantes en el monte la tarmica que produce el estornudo, el cantueso, el espleigo, la angélica de grata fragancia; el beleño negro de

tallo veloso, cuya flor parece manchada de vino y cuyo sabor dulce engaña al paladar encubriendo su veneno; la clemátida-vitalba, yerba de pordioseros, cuyas hojas frescas ulceran la piel; la verbena, el gordolobo, el helecho sombrío, el torongil, el romero, la pimpinela, la yerba mora, la lechuga ponzoñosa, la digital, el torvisco, la laureola, el yaro, la granza, el rosál silvestre, el geranio, la centaúra, la genciana, la poligala, la salvia, el laurel, la gayuba cuyo fruto embriaga, el arrayán y el cedro que hemos visto en una finca propia de don José Dulcet de Cornudella. Una fuente que hay no lejos de la Morera está rodeada de mirtos, y otra en el corazon del monte llena de eléboros. También hemos encontrado en la sierra el espio cervino, el espanta lobos, la globularia, la cinaglosa, el apio de perro, la sardinera, la escabiosa, la escorzonera, el gro-sellero negro, el brusco, la imperatoria, el marrubio, la prunela, el cantueso, la alhusema, el mezereon, el ranunculo, la celidonea, la cariofilada, la agrimonia, la filipéndula, la consuelda, etc., etc., etc. La mayor parte florecen en mayo y hemos visto recoger las mieses en setiembre algunos años.

Del reino animal encierra su recinto vívoras de dos pies de longitud, que creemos es el máximo reptil. La mordedura de la vívora es tan venenosa que ha habido ejemplos de haber muerto no pocos á las dos horas y todos los días hay desgracias entre leñadores, pastores y el ganado. Conocemos un labriego de Cornudella que llevó un día hasta el último extremo de la economía el cálculo de la codicia. Mordido en el pie en Monsant por una vívora, despues de cogida esta y machacada sobre la herida que se cree ser el mejor antidoto, regresaba á la villa de una distancia de una legua, y por haberse roto un costal de trigo tuvo la paciencia de irlo recogiendo grano á grano por el camino hasta media fanega, y hágamonos cargo, de que ademas del dolor de la herida cuando llegó á casa tenía el pie muy hinchado, agarrada la pierna, vascas, vómito, en una palabra, el veneno obrando ya en todo su organismo.

Las águilas que se crían en el monte son blancas y pequeñas; en cambio son de primera magnitud los buitres, como que uno muerto en 1816 tenía doce pies del extremo de una ala al de la otra. Los gavilanes también son pequeños, hay algunos buhos, cuervos y grajos; corzos, ciervos y lobos casi han desaparecido del todo.

II.

Es fundada la opinion de la traslacion diluviana de la cordillera de Monsant, cuyas masas calcáreas están hoy día sobrepuestas encima de capas de areniscas y fajas de curro que tampoco creo primitivas; los cartujos, cuyos conocimientos en geología y botánica eran bastante profundos, habian hecho varias observaciones en apoyo de la teoria de los sacudimientos ó inundaciones gigantes que conserva la tradicion, y cuya esplanacion ha dado fama inmerecida á un elocuente escritor del siglo pasado.

La poblacion de la sierra fué en el siglo XI, y á buen seguro los monges de San Bruno principiaron el desmonte de la comarca, que al presente se ha convertido en tala universal. En aquella época de barbarie, bajo el imperio del feudalismo, cuando todavía el islamismo ocupaba una parte considerable de la Península, era una locura ó vocacion cristiana aislarse en un desierto, cuya posesion pertenecia al vencedor de una lucha religiosa y por lo mismo sangrienta, y no solo hablamos por los conventos de los discipulos de San Bernardo y otros fundadores, sino por las comunidades del bello sexo, que algunos años despues se esparcieron por las soledades de las selvas y montes, espuestas á deplorables vejaciones, y sobre todo buscando asilos ascéticos



en los parages en que por precision debian estar con mayor cuidado, para velar por su seguridad material que no la espiritual, pues dicen: no anda el diablo en los montes.

Los restos de aquellos tiempos de penitencia se ven en las ruinas de las ermitas ó santuarios de San Bartolomé, San Antonio, Santa Bárbara, Santa Magdalena y San Juan, llamado vulgarmente del Codolá, de los cuales algunos existen todavía. Subiendo desde el valle que ocupa la cartuja de Scala-Dei, á mano derecha estaba la ermita que fundó el obispo de Urgel don Andrés Capilla, y por dicho motivo se llamaba del obispo, cuyos alrededores son pintorescos por formar el monte una media luna de montecillos, un anfiteatro encima el desierto. Desde la ermita se divisan las aguas verduzas del Ebro, y las aguas de Monsant reunidas en aquel punto con artificio forman dos arroyos copiosos que se reúnen en un acueducto magnífico que las conduce al fondo del valle. El santuario de San Antonio de Monte-alto, á la izquierda de la cartuja, también está destruido. El de Nuestra Señora estaba situado sobre los picos orientales de la sierra, desde donde se descubren las ciudades de Lérida y Tarragona, los Pirineos, las Baleares y las riberas del Ebro. Los robles flamencos que ocupaban la loma meridional del santuario, han sido cortados, las praderas están incultas, y el nuevo propietario ha convertido la iglesia en establo. Debajo del mencionado se halla todavía el de la penitente Magdalena, que la revolución ha respetado, la capilla es espaciosa, los adornos ricos y amena la posición que ocupa. A la misma falda se encuentran las de San Bartolomé, y Santa Bárbara, al otro lado y en el término de Cornudella la de San Juan, que es muy hermosa, no solo por su situación pintoresca en medio de enormes peñas desgajadas de la cima del monte, sino por las preciosas pinturas y ornamentos que posee. Está rodeada de cipreses y es lugar de romería mas frecuentado de la comarca. El día 16 de mayo de 1844, se desgajó del monte una mole que rodó hacia el santuario, que se calcula pesaría veinte mil quintales. A medio cuarto de legua de la villa de la Morera está la gran finca llamada de Bon-repós, que fué convento de monjas de la orden del Cister, y hoy día pertenece al señor don Gerónimo Merelo. Antes de la revolución era una granja dependiente de Scala-Dei y un recreo del prior de aquella Cartuja. Cerca de Grattelops hay la iglesia de la Virgen del Consuelo, y para no seguir en tan minuciosos detalles, las faldas de Monsant contienen veinte y nueve villas; con mas de treinta alquerías y casitas de labor. Desde Albarea hasta el Ebro en forma de franja divide la provincia de Tarragona de la de Lérida, y acarrea en dos cauces aguas copiosas que van á morir en el Ebro cerca de Vinebre.

En 1810 una division francesa mandada por el duque de Tarento pasó por Monsant con direccion á Tortosa. No creemos pueda ocupar otra página en la historia.

Los que desde niños hemos recorrido aquellas crestas, vagado en sus bosques y penetrado en las grutas de Monsant, nos preguntamos ¿en qué consiste ese desencantamiento supersticioso de los recreos silvestres y ese indiferentismo material en un siglo tan positivo? La naturaleza, ese gran libro de la verdad ha sido olvidado; todos aprendemos á leer á fuerza de tiempo, páginas que el hombre escribe como las concibe, esto es, aprisa y sin objeto; el arte imprime y no edifica; el vapor ha sido aplicado á la economía animal y todos necesitamos muchos años de meditacion para comprender algo de tanto como se escribe. A buen seguro aquellos que la juiciosa antigüedad apellidó con el nombre de sabios, no soñaron jamás que pudiese constituir un estado en la sociedad el oficio de escribir rasgos, inconexos de una imaginacion ardiente.

Los que hemos pasado parte de la vida lejos del gran

mundo, los que hemos huroneado esas moles inmensas del globo terráqueo, somos capaces de sentir la impresion de la naturaleza virgen que deja para el porvenir la huella eterna del aislamiento, un recuerdo de paz y de dulzura que se mezcla con los demas recuerdos, aumentando la dicha de unos y disminuyendo la amargura de los otros. Nos hemos incrustado en las rendijas de la montaña, como el campanero en la catedral de Paris; su ambiente nos es necesario; nos encontramos como inquietos en las grandes poblaciones, y es que formamos parte integrante de ese mundo mudo, compuesto de piedras y bosques.

Durante el último otoño, mientras que la guerra civil ardía á nuestros pies, estuvimos contemplando los famosos sepulcros improvisados por los cristianos fugitivos de la primera invasion de los africanos. A no ser por una cruz tosca, trabajada groseramente en la cara interna de las losas, no hubiéramos atinado á quién podian pertenecer aquellas tumbas que una mano piadosa abrió en aquellas soledades impenetrables entonces. Una de ellas nos recogió durante un fuerte aguacero que cayó en la mañana del 2 de octubre, y vivos y muertos estuvimos en la cueva que encontró la casualidad hace pocos años.

Habia oido contar á varios monjes del encanto que produce la compañía de un difunto en una cueva, y durante una tempestad, especialmente cuando está acosumbrada la imaginacion á retrogradar á los siglos pasados. Me habia burlado de aquella supersticion pueril, porque no habia sido capaz de sentirla. Recostado á la sazón sobre una peña que sirviera de almohada al difunto, fijas las miradas en la bruma que la lluvia amontonaba á la entrada de la gruta, cuanto mas me engolfaba en los recuerdos de aquella época, otro tanto se apoderaba de mi esa melancolia tranquila, que la naturaleza nos pinta en las lluvias del invierno en que las gotas caen suavemente unas tras otras; la ilusion de los sentidos pasaba al corazon, y me sorprendia la noche mudo é inmóvil cual me dejara la mañana. Entonces á favor de la oscuridad oí azotar la lluvia las hojas de los acebos y madroños, el viento que silbaba entre las ramas espesas de los matorrales; sentí la humedad de la atmósfera que penetraba cruelmente en mi cuerpo, y quedó completamente desvanecida la fascinacion espiritual á la fuerza de las impresiones materiales. Al otro día el descubrimiento de una rica cantera de jaspe muy cerca de la capilla de San Juan, me hizo olvidar la ilusion y la fatiga; mas tarde una visita de los guerrilleros de Vilella y Borja, me hizo olvidar la cantera, y otro día despues no me acorde de los caudillos carlistas oyendo á la Rossi en la Norma sentado en uno de los magníficos sillones del gran teatro del Liceo en Barcelona.

En la Cueva santa lei hace ocho dias los partes telegráficos que anunciaban la caída de la dinastia de Orleans del trono de Julio y para juzgar acerca el desenlace de las jornadas de febrero, abrí el libro de las Armonías del señor Alfonso de Lamartine, hoy día actor principal del gran drama.

Dichosos los que habitaron las soledades de Monsant, en los siglos pasados, lejos del bullicio y de las luchas.

El alma del viajero se eleva al pensar en ello hasta las ideas mas sublimes, porque se vé arrastrada por dulces ensueños. El silencio tiene allí armonias misteriosas; fórmanse nubes y rugen tempestades á los pies del observador, el cielo y la tierra se tocan y el hombre se convierte en ángel. Allí se siente rodeado de un ambiente balsámico y puro que apenas respira; las aromas de las flores y la sutileza de la atmósfera sosiegan las palpitaciones del corazon; se adormecen los recuerdos, el cuerpo material parece se evapora y el hombre cree en Dios, porque entrevé un porvenir de felicidad mas allá del horizonte azul.—Marzo, 1848.—S. S.



ANIMALES FOSILES.

RINOCERONTE DE NARICES ATABICADAS.

En los sitios que actualmente recorre el canal del Ourca cerca de París, paseábase sosegadamente el rinoceronte de narices atabicadas (*rhinoceros tichorinus*). Tenia sobre la nariz dos cuernos muy inmediatos, uno de ellos muy grande: tenia la cabeza mas larga y delgada que la del rinoceronte de Indias, lisa y sin callosidades; los ojos mas hacia atras y mas hundidos, colocados encima del ultimo diente molar, y no del cuarto; carecia de incisivos; tenia los miembros muy cortos, de que resultaba que el vientre casi tocaba al suelo; los pies terminaban en pezuñas; y la piel no formaba ningun repliegue. Por lo demás, á semejanza de todos animales de su género, tenia el mirar estúpido lo mismo que su indole, y apetecia revolcarse en el fango de los pantanos.

En el año de 1770, unos paisanos hallaron en Siberia en las orillas de Willoui, el cuerpo de uno de estos animales sepultado en el hielo y perfectamente conservado con sus carnes y pelo. Sobre este extraordinario hecho establece Cuvier las siguientes proposiciones, que cree demostradas: «¿Cómo hubiera ido allá

desde las Indias ú otro pais cálido sin despedazarse? ¿Cómo hubiera podido conservarse si el hielo no le hubiese sobrecogido subitamente? y cómo hubiera podido sobrecogerle así si el cambio de clima hubiese tenido lugar de un modo lento?»

La primera proposición la prueba el hecho mismo, y el animal vivia indudablemente en el mismo pais en que fué hallado; pero las otras dos nada prueban. Si hoy un reno se adelanta hasta el borde de una nevera y muere cerca de Willoui durante el invierno sin que le sobrecoja repentinamente el hielo, se congelará y se conservará perfectamente. Una circunstancia muy ordinaria sumergirá su cadáver, y el frio de la nevera, congelando el agua derramada en un desborde del rio cogerá al animal en medio del hielo. Así se conservará hasta que lo saquen algunos hombres (pero de esto debe deducirse que la muerte del tal reno (ó si se quiere del tal rinoceronte), haya tenido lugar durante una revolucion astronómica imposible en que un clima haya pasado repentinamente de un extremo de calor, á otro de frio? Sin embargo, esta conclusion saca Mr. Cuvier. Pero ya dije que no creo en estos cataclismos y súbitas revoluciones con las que nada se explica.



RINOCERONTE DE NARICES ATABICADAS.